



SEMANARIO ILUSTRADO UNIVERSAL

AÑO III. TOMO V

MADRID 30 DE ABRIL DE 1879

NÚMERO 16

PRECIOS DE SUSCRICION				Publicase el 7, 15, 23 y 30 de cada mes	PRECIOS DE SUSCRICION Á PAGAR EN ORO		
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE		AÑO	SEMESTRE	
España y Portugal	40 pesetas	27 pesetas	11 pesetas	EDITORES PROPIETARIOS EMILIO OLIVER Y COMPAÑÍA MADRID. — Plaza Sta. Ana, 7 Rambla de Cataluña, 36. — BARCELONA	Cuba y Puerto-Rico.	12 pesos fts.	7 pesos fts.
Prises de la Union Postal	50 id.	26 id.	"		Filipinas, Méjico y Río de la Plata	15 id. id.	8 id. id.
No se servirán suscripciones sino anticipando su importe					En los otros países, los precios de España más el franqueo		

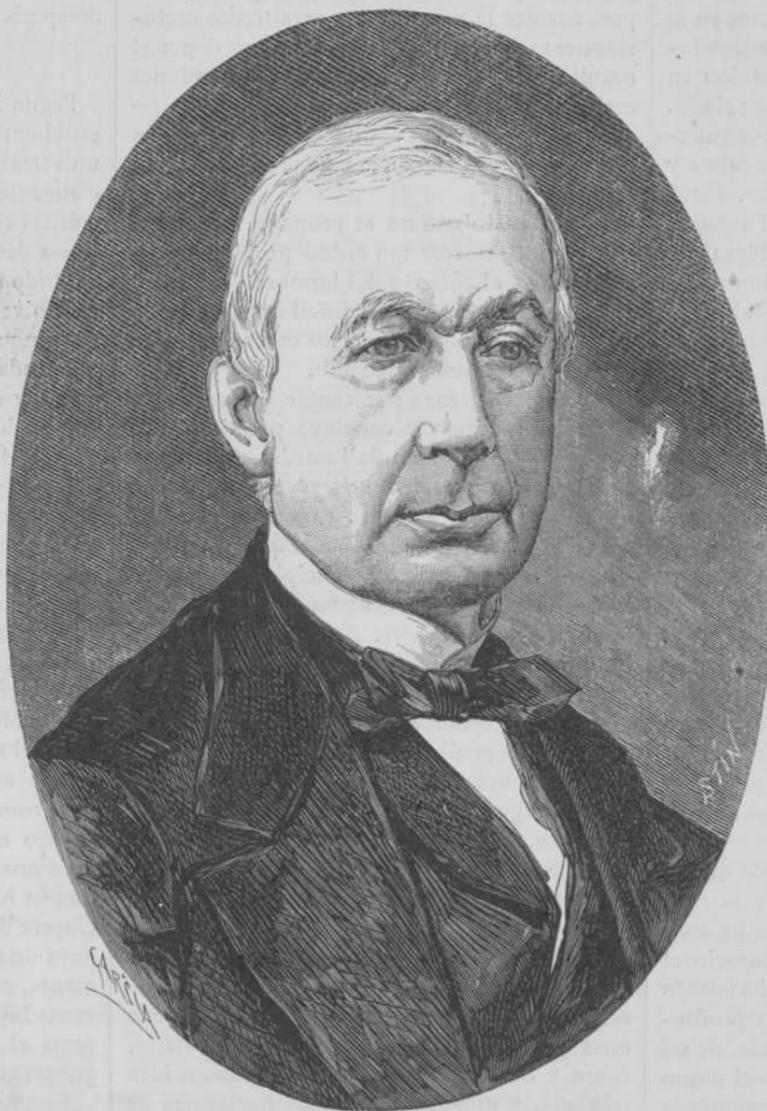
SUMARIO

TEXTO

Semana histórica.—D. Juan Güell y Ferrer. Por *Eusebio Font y Moreso*.— De algunas palabras y frases anticuadas que aún son de uso corriente en la provincia de Salamanca. (Continuacion). Por *Rafael Luna*.— La gloria. Por *Emilio Cirugeda Ros*.— Guerra á muerte. Por *F. Moreno Godino*.— Fuego del cielo. (Conclusion). Por *Cecilio Navarro*.— Incertidumbre (soneto). Por *Enrique de Sierra Valenzuela*.— Retrato del Ilmo. Sr. D. Narciso José de Peñalver y Peñalver, conde de Peñalver. — Constantinopla. Palacio del Sultan. — Constantinopla. Santa Sofia. — Cuento pavoroso. — Estatuas del Museo de Cassel. — Bibliografía.

GRABADOS

Excmo. Sr. D. Juan Güell y Ferrer, † el día 21 de Noviembre de 1872. Dibujo tomado de una fotografia, por *García*. — Ilmo. Sr. D. Narciso J. de Peñalver y Peñalver, conde de Peñalver, de la órden de Montesa. — Constantinopla. Palacio del Sultan á orillas del Bósforo. — Constantinopla. Una ceremonia en la mezquita de Santa Sofia. — Bellas Artes. Cuento pavoroso. Copia del cuadro de *R. Xobeth*. Grabado de *Froment*. — Estatuas del Museo de Cassel. Grecia. Roma. Debidas al inspirado cincel del escultor aleman *Echtermeyer*. — Estatuas del Museo de Cassel. Italia. España. Debidas al inspirado cincel del escultor aleman *Echtermeyer*. — Mariposas y flores. La niña jardinera. Copia del cuadro del pintor *Urrutia*, hecha por el mismo artista. Grabado de *Caba*.



EXCMO. SR. D. JUAN GÜELL Y FERRER

SEMANA HISTÓRICA

Cuando siguiendo una patriótica y nobilísima costumbre la Academia Española ha celebrado en las Trinitarias una funcion religiosa en honor de Cervántes, y cuando la mayor parte de las sociedades literarias de España han conmemorado con alguna velada el aniversario de la muerte del Príncipe de los ingenios españoles, parecería olvido indisculpable que un periódico como LA ACADEMIA no consignase tambien un recuerdo al festivo escritor, gloria de nuestra nacion.

El aniversario de la muerte parece que se refiere más á la persona que al escritor; más al hombre que al genio; más al que en el mundo se llamó Miguel de Cervántes que al autor del *Quijote* y de tantas otras obras en que lució su ingenio. El 23 de Abril nos recuerda el tributo que como todo mortal pagó á la naturaleza; y ante ese hecho vienen á la memoria las desgracias de su vida y cuanto se refiere á su personalidad.

Así, en este día, dejando á un lado el juicio literario y científico de sus obras, prescindiendo por un momento de la crítica, que analiza sus conceptos y busca en él tal vez lo que no fué ni pudo ser, nosotros tributamos un grato y simpático recuerdo al sufrido y valiente soldado; al heroico inválido que ántes prefería ser manco que haber dejado de encon-

trarse en la grandiosa facción que presenciaron las aguas de Lepanto; al noble cautivo que consintió prolongar su esclavitud por no romper los vínculos de amistad contraídos en las mazmorras africanas; al desgraciado que, sintiendo bullir en su mente los destellos del genio y la inspiración del poeta, se vió obligado á desempeñar humildes comisiones del servicio público; al corazón resignado y fuerte que en la oscuridad de una cárcel ideó la fábula del *Quijote*; al ánimo noble y levantado que supo retratarse á sí mismo muchas veces en el ingenioso hidalgo y que describió magistralmente las luchas y contrariedades de su propia vida en las aventuras del andante caballero.

Soldado, cautivo, pobre, estuvo en contacto con todas las miserias sociales, con las que provienen de la ruda suerte y con las que provienen del vicio; conoció en su fondo los misterios de las cárceles y la vida de los campamentos; trató con la chusma y con los renegados, y en vez de contaminarse en esa atmósfera pestilente, parece que su alma se depuró, como indican sus escritos. Privilegio exclusivo de las almas nobles, que brillan más en contacto de la miseria y la degradación.

Otros ingenios, á quienes la posteridad ha rendido culto también por su mérito literario, se propusieron desde las antecámaras de palacio y desde los salones de la aristocracia pintar los vicios al desnudo, hacer alarde de gracias obscenas y picarescas y dar á conocer las aventuras de rufianes y cortesanas. Algunos también desde la soledad y comodidades de la celda de un convento asustaron las conciencias con escritos terroríficos, tendiendo á matar la actividad del alma y á convertir al hombre en un parásito, meditando siempre en la muerte.

Miguel de Cervantes, por el contrario, en la pobreza, en la desgracia, empleó su festivo ingenio y su bondadosa y rica imaginación en hacer agradables sus sueños á los demás; rindió cariñoso culto á las musas y se propuso entretejer honestamente y llevar la paz, la calma y la amenidad al espíritu de sus lectores. Estudiando sus escritos se simpatiza con el autor, y se adivina en ellos la serenidad y nobleza del alma del desgraciado inválido. La admiración al genio va siempre unida al cariño, al hombre que así se transparentaba en los rasgos de su pluma.

Hoy, pues, ante el recuerdo de la desaparición de la tierra de Miguel de Cervantes, nosotros depositamos una flor sobre la ignorada tumba del poeta, del soldado y del cautivo; y tributamos á su memoria una sincera gratitud por los ratos de honesto, discreto y ameno pasatiempo que ha proporcionado á cuantos han leído las obras de su singular ingenio.

Hace mucho tiempo que el mundo científico y religioso esperaba la publicación de la obra *Esplendores de la fe*, por el abate Moigno, director del *Cosmos*, que es tal vez el periódico científico más universal y más antiguo de Europa.

Muchos son los escritores modernos que se han propuesto armonizar la ciencia y la religión; pero desgraciadamente ninguno ha conseguido realizar de un modo satisfactorio el objeto que se proponía. Casi siempre ha faltado profundidad científica á los teólogos y profundidad religiosa á los hombres de ciencia, de tal modo que, colocándose cada uno bajo el punto de vista de su profesión, ha llamado armonía lo que realmente era sólo una subordinación de la una á la otra.

El nombre respetable del abate Moigno, su

entusiasmo y su fe por la ciencia, unidos á su carácter sacerdotal, hacían esperar que su libro, producto de treinta años de incesantes estudios, resolviese el problema planteado, desvaneciendo eso que ha dado en llamarse conflictos entre la religión y la ciencia.

Este es el profundísimo y trascendental problema de nuestra época; el escollo en que tropieza la práctica religiosa en los hombres de ciencia y el escrúpulo que detiene á los creyentes; el abismo que separa la inteligencia y la conciencia, con grave peligro para el hombre y para la sociedad; el principio repulsivo que impulsa por un lado la ciencia hasta el materialismo más grosero, y por otro la religión hasta la ignorancia; y hace llamar bárbara á ésta y atea á aquélla, produciendo resultados tan absurdos como convertir á Dios sólo en un principio material, y como oír en el parlamento español á un orador que se precia de católico declarar que la religión y la ciencia son incompatibles.

El nuevo ensayo hecho por el abate Moigno no ha sido más feliz que otros muchos. Su obra no resuelve ninguna de las ecuaciones de este problema, ni aún lo intenta siquiera. Los tres tomos en que la ha dividido y que se titulan *La fe, La revelación y la ciencia, La fe y la razón*, constituyen un trabajo más entusiasta que profundo, más hijo de la imaginación que de la inteligencia; un cántico á la fe más que un análisis de la cuestión; un campo de lugares comunes, demasiado tratados ya, y que se prestan á brillantes y sonoras frases en una pluma regularmente cortada.

La lectura de muchas páginas de este libro nos ha hecho meditar en lo difícil que es este problema y en el grave peligro que encierra para cuantos le tocan de ser arrastrados exclusivamente por el fanatismo religioso ó por el orgullo científico; el alma en esas cuestiones camina entre Scila y Caribdis; entre dos esplendores, entre dos pasiones, entre dos luces que atraen y ciegan con la misma fuerza é igual seducción.

El abate Moigno no se propone, como hemos dicho, resolver tan arduo problema, sino llevar la fe al corazón del hombre de ciencia; pretensión por sí sola tan difícil como llevar la ciencia á la inteligencia de los creyentes que la combaten en nombre de su fe.

El libro comienza por cantar las grandiosidades del progreso y concluye por dedicar la obra á Nuestra Señora de Lourdes, fluctuando siempre entre estos dos extremos, tomando algo de uno y de otro para hacer una mezcla, buscando el principio de la ciencia en las palabras de los Evangelistas, y el principio religioso en lo que llama barbarie del progreso, barbarie de la civilización, barbarie de la ciencia y de la industria.

Ah! Ese no es el camino. La buena fe del autor, que resplandece en todas las páginas, se equivoca de medio á medio: esa conducta establece, demuestra y aumenta la oposición. El abate Moigno es alternativamente religioso y científico, no se ha elevado hasta el punto de ser ambas cosas á un tiempo, colocándose á tal altura sintética que desaparezcan en una región de luz las oposiciones con que se tropieza en los detalles.

En vez de declamar es preciso hacer ver que estas maravillosas leyes del mundo físico, que estas propiedades asombrosas de la materia, caben y huelgan dentro de la grandiosa idea cristiana, y que la extensión de horizontes de la ciencia nos permite formar una idea más elevada de la sabiduría inmensurable del Legislador universal. En vez de entregarse á en-

tusiastas delirios sobre las excelencias de la fe, que pueden ser contestados con utilísimas realidades en el terreno de la ciencia, es preciso poner frente á frente los dilemas en que se fundan esos llamados conflictos y demostrar que no existe la antítesis ni la incompatibilidad.

En vez de buscar la solución de problemas de física y de química en las palabras de los apóstoles, que ni fueron ni pretendieron ser hombres de ciencia, es preciso demostrar que dentro de la profundísima revolución moral y religiosa que emprendieron caben todos estos progresos, que alguna vez ciegan de orgullo á los hombres.

Á pesar de este juicio general que nos merece la obra del abate Moigno, creemos que su publicación es un gran bien; que su lectura, agradable siempre, y en muchas páginas profunda y filosófica, puede contribuir á la resolución de ese pavoroso problema, que no hace mucho obligaba á decir á un pensador católico: «Me produce miedo en lo más íntimo del alma preguntarme si mi fe científica está conforme con mi fe religiosa.»

Sobre todo en la sola concepción de este libro hay un hecho importante. El hombre que tal vez ha luchado más constantemente en la arena del periodismo por la libertad de la ciencia; el hombre que ha acogido siempre con entusiasmo todos sus progresos y aún sus utopías, concilia su profundísima fe con las verdades científicas, que espíritus menos cultos y eruditos combaten rudamente en nombre de sus creencias ó en nombre de sus intereses. Y esta observación nos hace creer que si para resolver tan arduo problema el clero nos dice: «Tened religión, tened fe;» nosotros debemos decirle: «Ten ciencia.» Ante esta mutua aproximación desaparecerán los conflictos.

Según las cartas y periódicos de Nápoles la estudiantina española ha recibido entusiastas y universales ovaciones, siendo protegida especialmente por la más elevada aristocracia de aquella ciudad. La condesa de Xiquena, la duquesa de Monteleone y otras señoras han contribuido á organizar un magnífico concierto, y la Universidad ha dado á la alegre comparsa un banquete en las ruinas de Pompeya.

Indudablemente habrá imaginaciones delirantes y excitables para quienes sea motivo de inspiración el eco de las guitarras españolas resonando entre las ruinas de aquel pueblo ahogado por una erupción del Vesubio; pero á nosotros nos parece el sitio menos á propósito para celebrar un banquete el sepulcro de una ciudad, y el lugar de las cenizas de una generación. Á unas ruinas que conservan cierta vida, porque nos han enseñado lo que era una ciudad romana, sorprendida por la muerte en medio de la actividad; á un pueblo desenterrado y sorprendido á su vez por la curiosidad moderna en el secreto de su aniquilamiento, nos parece que se puede ir á meditar, á estudiar, pero no á comer y á pronunciar ruidosos brándis.

Esto es indudablemente un contrasentido; pero nos parece mayor el del gobierno español, que ha hecho una real orden para hablar en la *Gaceta* de esa estudiantina y para mandar que haya un rigor inusitado en los próximos exámenes, con objeto de castigar en los demás jóvenes las aventuras y correrías de los que durante el curso han paseado por Europa sus guitarras y violines.

Estamos conformes con el fondo de esa real orden, sus prescripciones son útiles y justas; y nos parecerían también oportunas sin haberlas dado ese fútil motivo, y habiéndolas publicado

á primeros de curso y no á últimos de Abril, cuando casi todos los exámenes comienzan en Junio y algunos en Mayo. La reforma de los exámenes debe comenzar naturalmente por la reforma de los estudios y de toda la disciplina escolar.

*

Con razon se ha llamado á este siglo *siglo del papel*. Las infinitas aplicaciones que este producto industrial ha recibido rayan en lo maravilloso. Sirve para escribir y para imprimir, para envolver y para hacer vestidos; para reemplazar á los trapos y vendas en las heridas y enfermedades; para toda clase de objetos de arte y adorno. Nuestra civilizaci6n y nuestra vida, desde lo más elevado hasta el menor detalle de la vida doméstica, no se conciben sin el papel; y casi es incomprensible para nosotros cómo pueden vivir sin él algunos pueblos, y cómo pudieron vivir nuestros antepasados.

Un gran escritor quiso denigrar nuestro tiempo, comparándole con los siglos de oro, de bronce y de hierro, y llamándole siglo de los cuellos y puños de papel, sin comprender que en lo efímero de la forma se encierra lo eterno del fondo; y que las hojas de papel, que duran un día, se graban en el pensamiento mucho más que los edificios de piedra y de ladrillo.

Pero entre las infinitas aplicaciones del papel prensado acaba de hacerse una que nos parece digna de consignarse. El profesor Greene, del Instituto politécnico de Troy, tenía que construir una torre giratoria de 29 piés de diámetro interior para el Observatorio astronómico; y calculando su peso, que no podía bajar de cinco á seis toneladas, se detuvo ante lo costoso del aparato y la potencia del mecanismo necesario para ponerla en movimiento. Seguramente tampoco quiso incurrir en el absurdo contrasentido del Observatorio de Madrid, que, habiendo construido una torre giratoria, ha mandado hacerle ventanas, destruyendo así el efecto giratorio, y convirtiéndola en una torre de movimiento sin movimiento. Ante estas dificultades se le ocurrió hacer el aparato de papel; y lo ha realizado satisfactoriamente, reduciendo el peso á la quinta parte, dando á las paredes un espesor de un sexto de pulgada, con una resistencia superior á la de la madera, y produciendo el movimiento con extraordinaria facilidad. A estas grandes ventajas hay que añadir la economía en la solidez necesaria para soportar el peso, la de los aparatos mecánicos, y la del mismo material empleado, por más que en una fabricaci6n *ad hoc*, y empleando una presi6n enorme para la reducci6n del papel prensado, haya sido preciso hacer un gasto mayor por la primera vez.

Hace algun tiempo anunciamos la construcci6n de casas de papel, ensayada en los Estados Unidos; y ahora con este motivo podemos añadir que el éxito ha superado las esperanzas de los constructores. A las ventajas que entonces indicamos, hay que agregar las de la poca conductibilidad calorífica de la pasta de papel, que conserva las habitaciones á una temperatura constante, casi independiente de las variaciones atmosféricas, con gran comodidad, economía en los gastos de la casa y beneficiosas consecuencias bajo el punto de vista higiénico.

*

Hagamos aquí con este motivo una pequeña excursi6n anecdótica.

Un amigo nuestro que ha residido mucho tiempo en el archipiélago filipino, y que tanto por sus quehaceres como por curiosidad frecuentaba el trato de los indios en muchas de aquellas islas, nos ha referido que, aconsejando una vez la construcci6n de casas ó habitacio-

nes al estilo europeo, con objeto de evitar los incendios que allí devoran en un momento poblaciones enteras de chozas, encontró una resistencia fundada en lo que, á juicio de los hombres civilizados, será indudablemente una preocupaci6n.

—Las habitaciones, le dijeron los indígenas, deben ser de productos animales ó vegetales, porque sus propiedades están más en armonía con el hombre y con su género de vida.

Si sometiéramos esta creencia salvaje á un detenido análisis científico, es muy probable que ante las cualidades de los restos de seres vivos, ante los productos de los reinos animal y vegetal, aconsejáramos al progreso moderno que abandonase los suntuosos palacios de piedra y de hierro por la choza de los primeros hombres.

DON JUAN GÜELL Y FERRER

Costumbre altamente filos6fica y de severa y provechosa enseñaanza por cierto era, entre los antiguos egipcios, la de someter á los difuntos al juicio de un tribunal cuyos jueces, segun las públicas acusaciones ó alabanzas dirigidas al finado, infamaban su conducta dejando su cuerpo insepulto, ó le concedían los honores de la sepultura. Al vicio, al crimen, á la impiedad para con los dioses, el oprobio: al cumplimiento de los deberes del ciudadano, á la práctica de las virtudes públicas y privadas, honrosa oraci6n fúnebre, el respeto de la posteridad.

Hoy, en presencia de la muerte, nos contentamos con invocar la misericordia divina. Menos justicieros, ó más clementes que los egipcios, creemos que la acci6n de la justicia sobre la muerte es incumbencia de un tribunal en la otra vida.

Pero en ésta ¿no hay asimismo, cual en Egipto, un *Juicio de los finados*? Riegan indistintamente lágrimas de dolor sincero la tumba del bueno y del malo, y dejan todos los hombres una memoria igualmente venerada? No; también hoy pesa sobre la memoria del malo el baldon de la censura, la afrenta del olvido: también hoy los actos del hombre de bien hallan su justa recompensa en el aprecio de la posteridad.

En cuanto á D. Juan Güell y Ferrer, cuya biografía vamos á reseñar, ni entre los egipcios debiera haberle infundido pavor el inexorable tribunal de la muerte, ni entre cristianos había de amedrentarle el fallo de la justicia divina; que la vida de varones como la de D. Juan Güell es el espejo en que deben mirarse cuantos ambicionan para su tumba los homenajes de estimaci6n y respeto que siempre acompañan á la virtud.

Nació este español ilustre el 3 de Marzo del año 1800, en la villa de Torredembarra, provincia de Tarragona, habiéndole cabido la inapreciable dicha de crecer bajo la sana direcci6n de su madre, persona de firmeza de carácter y de capacidad, á cuya solicitud y desvelos estaba encomendado el gobierno de la familia. Esta circunstancia influyó indudablemente en el desarrollo de las cualidades que habían de formar más tarde el fondo del carácter de aquel hombre distinguido; sobre lo cual el maestro de escuela de Torredembarra llamaba á menudo la atenci6n de la señora Güell, diciéndole que más adelante se hablaría de su hijo.

Ciertos hechos del niño, aunque en apariencia insignificantes, acreditaban efectivamente esta opini6n. Peleando un día los muchachos de Torredembarra con los de Altafulla, quedaban éstos vencedores, cuando abochornado por la derrota el niño Juan, manda á sus diez ó doce compañeros que permanezcan quietos; escoge entre ellos al que le parece de más pecho, y abalanzándose ambos briosamente al campo enemigo, se desbandan los contrarios y queda por los de Torredembarra la victoria. Complaciase el Sr. Güell en contar esta proeza de su infancia, para demostrar la funesta influencia que hartas veces ejercen los cobardes sobre los demas, aunque no lo sean.

A los nueve años de su edad pasó el niño Güell á Barcelona á casa de unos tíos suyos, y

en la escuela donde entró de alumno diéronle á deletrear un libro, creyendo su maestro que el muchacho, recién llegado de una poblaci6n corta, estaría muy atrasado; pero lejos de intimidarse, no solamente leyó con desparpajo y soltura aquel libro, sino que como le fueran presentando sucesivamente hasta cinco, cada vez de más difícil lectura, salió airoso de la prueba, resultando estar más adelantado que la mayor parte de los condiscípulos de su edad. D. Juan Güell recordaba igualmente con complacencia este hecho, no para jactarse de su aprovechamiento en los estudios, sino movido del amor patrio, que fué uno de los sentimientos más vivos de su corazón, porque aquel acto honraba al humilde pueblo de su naturaleza.

Un año despues de su traslaci6n á Barcelona, se embarcó para Santo Domingo, donde su padre estaba establecido al frente de una casa de comercio muy importante. El niño, al principio, anduvo ocupado en el almacén y luego en el escritorio copiando cartas, cuyo ejercicio, como él decía, le había sido de sumo provecho. Amante del estudio y ganoso de adquirir nuevos conocimientos, propúsose aprender el francés; pero, particularidad notable, por no poder hacerse con una gramática, tuvo en aquel entonces que desistir de su empeño.

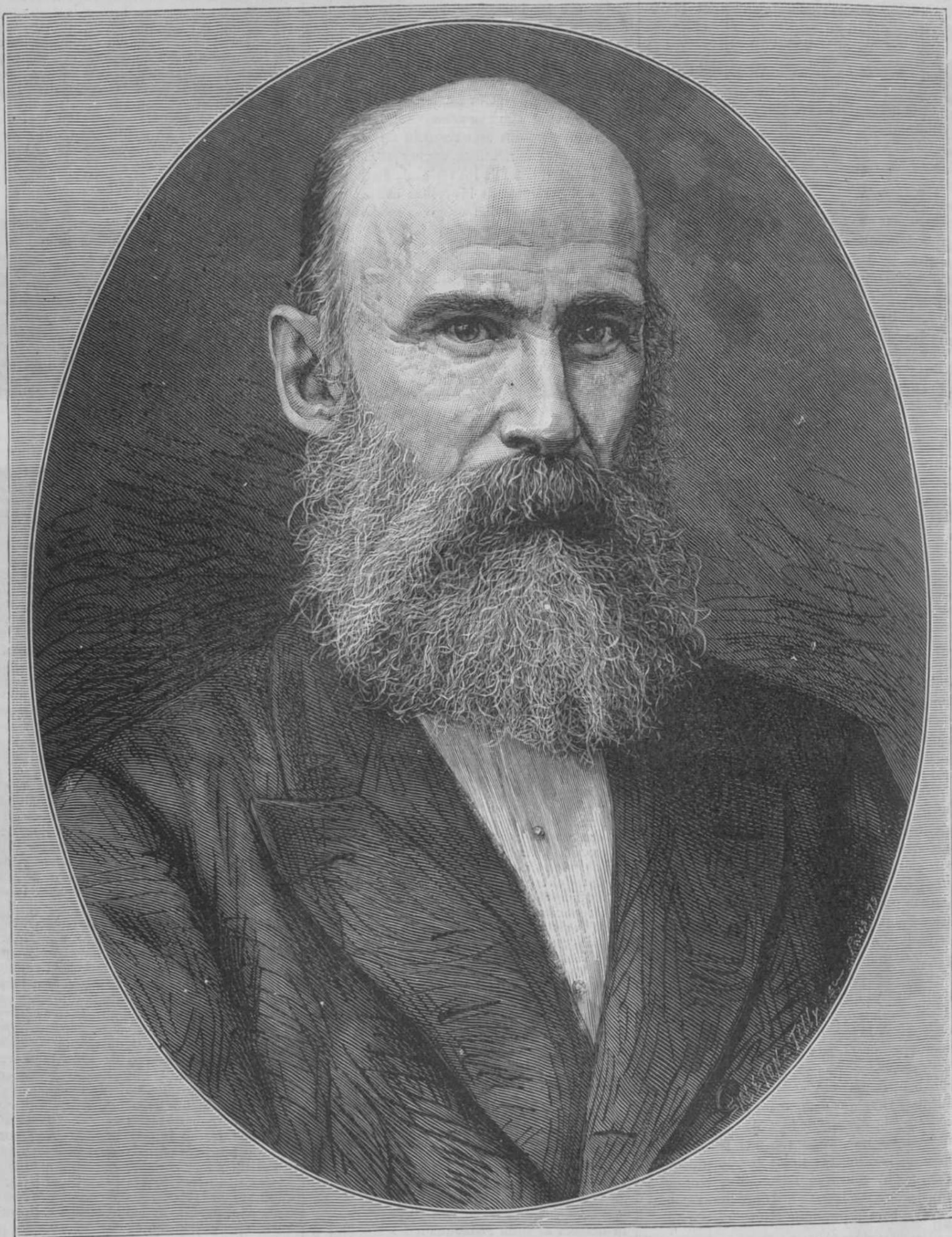
Las revueltas políticas que perturbaron aquella isla ocasionaron por dos veces graves quebrantos á la boyante casa de comercio de don Pablo Güell, quien, en vista de su próxima ruina, dispuso que su hijo regresara á España donde debía seguir una carrera que pudiera ampararle en caso de nuevos reveses de fortuna. Verificó así el jóven Güell, y á los diez y seis años de su edad comenzó á estudiar náutica en Barcelona, cuya carrera terminó con lucimiento, obteniendo premios y el aplauso y estima de sus maestros.

Concluidos los estudios de piloto, el aprovechado mancebo, despues de haber tenido el sentimiento de perder á su padre, el cual, restituido al seno de su familia, murió al poco tiempo, hizo su primer viaje á la isla de Cuba. Pero, sin que se sepa el verdadero motivo, renunciando á la profesi6n de piloto, se quedó en la Habana, en cuya ciudad entró de dependiente en un almacén de géneros, siendo ya desde aquella época el sustento y apoyo de toda su familia. Entonces comenzó á negociar sus ahorros imponiéndolos en pequeños negocios, y fué tal su perseverancia y tino en la colocaci6n de su peculio, que á la edad de veinte y un años llevaba ya reunidos dos mil duros.

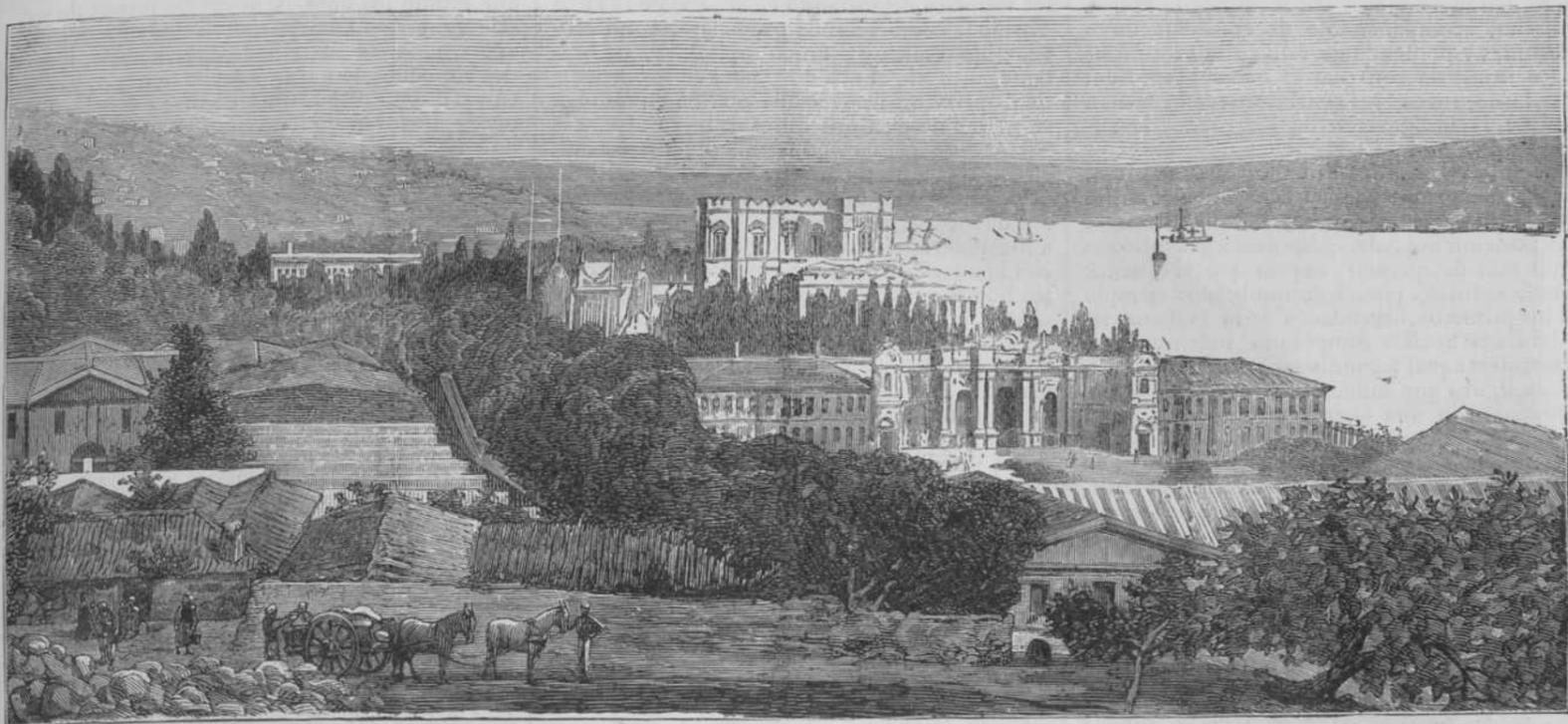
Dueño de este pequeño capital, accediendo á las vivas instancias de dos compañeros que le ofrecieron ocho mil duros, encargóse de la formaci6n de una casa de comercio que quedó constituida con el capital de diez mil duros. A la saz6n los principales negociantes de la Habana se habían asociado para impedir la creaci6n de nuevas casas de comercio que pudieran hacerles la competencia. La naciente sociedad dirigida por el jóven Güell tuvo, pues, que luchar animosamente con tan formidable oposici6n; y el primer año no marchó la casa con buena fortuna; mas no por eso se acobardó su jefe. A los dos años, cuando le suponían en situaci6n apurada, opini6n que, lejos de desvanecer, fomentaba adrede, arrojándose intrépidamente á una jugada digna de un negociante consumado, se apoderó de todo el mercado comprando cuantos cargamentos había en el puerto y los que iban de arribada, con cuya atrevida operaci6n monopolizó por espacio de cuatro ó cinco meses el tráfico, viéndose sus competidores en la precisi6n de pedir por favor que les diera participaci6n en las compras. De resultados de este tan bien combinado cuanto afortunado negocio, á la par que su factor fué admitido en la asociaci6n de las demas casas de comercio, fué uno de los dos ó tres socios nombrados para dirigirla.

En medio de su prosperidad, no desmintió nunca D. Juan Güell la nobleza é hidalguía de su alma. Arruinado el que había sido su principal, persona caracterizada y muy respetable, halló en su antiguo y agradecido dependiente amistad constante y un arrimo generoso.

En otra ocasi6n, el Sr. Güell, que pertenecía á las milicias en la isla de Cuba, tuvo noticia de que, por móviles ruines, había sido expulsado un individuo de su batall6n, y como á su entender era un acto injusto, defendió al calum-



ILMO. SR. D. NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER
CONDE DE PEÑALVER
DE LA ÓRDEN DE MONTESA



ORILLAS DEL BÓSFORO. — PALACIO DEL SULTAN EN DOLMA-BAGTCHÉ



CONSTANTINOPLA — UNA CEREMONIA EN LA MEZQUITA DE SANTA SOFÍA

niado dando á conocer por medio de la prensa el hecho, acompañándolo de consideraciones oportunas y poniendo de relieve la arbitrariedad é injusticia con que se había procedido; que la injusticia y la arbitrariedad excitan siempre la indignación de los pechos levantados.

En 1835, poseedor de una fortuna cuantiosa, se vino á España; pues su constante propósito había sido volver á su tierra así que alcanzara una posición holgada. Este deseo patriótico es tanto más de aplaudir, cuanto que si el señor Güell, seducido por el deslumbrador ejemplo de los primeros hacendados de la Habana, siguiera sus huellas comprando ingenios para desarrollar aquel fecundísimo gérmen de riqueza, es seguro que hubiera visto coronados sus esfuerzos con una fortuna colosal. Así se lo había vaticinado el Sr. Aldama, uno de los propietarios más acaudalados de la isla, quien, en muestra del interés que le merecía su porvenir, al inducirle á que no se marchara, ofrecióle su valioso apoyo y le abrió caminos y facilitaba toda clase de recursos. Pero tan arraigado estaba en el corazón de nuestro compatriota el designio de restituirse á la Península, que como el Sr. Aldama, con quien se encontró tres ó cuatro años más tarde en París, le reconviniera por haberse marchado de la Habana sin despedirse de un amigo que tan sinceramente le quería, D. Juan disculpó su comportamiento diciendo que obró así de propósito, temeroso de que si el Sr. Aldama hubiese insistido en aconsejarle que se quedara en la isla, tal vez, ante la brillante perspectiva de una gran fortuna, se hubiera rendido á tan seductoras exhortaciones, y como no quería que la codicia triunfara de sus afecciones de familia ni de su amor á la patria, esquivando la ocasión de verle había evitado igualmente caer en la tentación.

Digámoslo de una vez: D. Juan Güell, lejos de ser un comerciante vulgar, insaciable de riquezas, si bien las consideraba como uno de los alicientes de la vida, no eran en su levantado criterio el único camino para la felicidad. Hoy que el sórdido afán del lucro pervierte tantas conciencias, ¿no es digno de mención el hecho, corroborado por cien ejemplos en el curso de la vida del Sr. Güell, de que nunca se dejó dominar por la codicia? Verdadero filósofo, cuya conducta era la consecuencia lógica de sus inflexibles principios morales, opinaba que no se ha de despreciar el dinero y que debemos trabajar y procurar obtenerlo, pero sólo por medios nobles y lícitos, bendiciendo igualmente la existencia, ya la suerte nos sea próspera, ya nos niegue sus favores.

Imbuído de estas severas máximas, el señor Güell fué tan feliz colmado de bienes de fortuna como lo hubiera sido sin ellos, y considerando lo necio de las vanidades humanas, vivió sin boato, huyendo de toda exageración y hermanando siempre las costumbres de la vida del pudiente con el respeto á los preceptos de la más pura moral. ¿Ajustan todos los comerciantes acaudalados sus aspiraciones y su conducta á las máximas que fueron la norma de la de D. Juan Güell? Quizá no esté aquí fuera de su lugar una reflexión. Para consagrarse á la profesión de las ciencias, de las letras, de las bellas artes, y hasta al ejercicio de determinados oficios, son necesarios títulos de idoneidad que sólo se conquistan acumulando paulatina y laboriosamente gran copia de conocimientos, y estos conocimientos, adquiridos tras largos años de preparación y de ímprobos estudios, importan un capital. Y con todo esto ni el profesor, ni el artista, ni el médico, ni el abogado, ni el artífice, sedientos de bienes de fortuna, creen que las riquezas hayan de ser el premio del afanoso ejercicio de sus carreras. La mayor parte, modestos en sus aspiraciones, ganan el pan con el sudor de su rostro, satisfechos con hallar en su saber un medio decoroso de subsistencia; y si la fortuna, avara con ellos, les escatima sus dones, se resignan á su situación humilde y no ven en su suerte, digna de más alto galardón, una injusticia del destino. Los comerciantes, por el contrario, en su gran mayoría, no necesitan, ó creen no necesitar ningún título de idoneidad; prescinden de estudios; no siguen carrera alguna; antes de emprender la que juzgan más lucrativa no han debido imponerse sacrificios pecuniarios; algunos apenas saben leer; los más se lanzan confiadamente á

los negocios depositando en las aras de la diosa Fortuna, como ofrenda propiciatoria, un centenar de reales, su único capital. Y, no obstante, si presto el oro no rebosa en sus arcas; si una operación desgraciada merma su caudal; si en vez de cien mil duros de lucro al año el balance no arroja sino treinta ó cuarenta mil; en fin, si el término de sus locos sueños de prosperidad fabulosa es la ruina, impacientes en su sed de medro, ni doblan con sumisión la cerviz á los quebrantos, ni se conforman dócilmente con la adversidad; que no parece sino que ciertos hombres nacieron para vivir exentos de los contratiempos y vicisitudes, patrimonio común de los mortales, y con el privilegio inviolable y sagrado de fijar á su capricho la rueda de la fortuna. Trocados así los papeles, resignado á su posición modesta el que sabe, rebelde contra su estrella el ignorante que, rico, deja de serlo, queda claramente demostrado que don Juan Güell con sus máximas de filósofo era entre los comerciantes una excepción de la regla general.

Desde 1835 á 1840 nuestro ilustrado compatriota estuvo viajando por los Estados-Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, Suiza é Italia, estudiando con detenimiento y provecho para el desarrollo de su inteligencia la organización política, económica y agrícola de tan importantes estados. En aquella época mandó comprar en Barcelona una fragata cuyo abultado porte le inhabilitaba para navegar, pues los negocios que se hacían entonces no permitían utilizar barco de tanta capacidad, y que su nuevo poseedor destinó á hacer el tráfico de la América del Sur con los Estados-Unidos y España; pero al primer viaje el buque, que por incuria del encargado de su compra no estaba asegurado, se perdió y con él una parte considerable de la fortuna de su dueño. No se apesadumbró ni desalentó por ese inesperado golpe el Sr. Güell, y cuando sus amigos, suponiéndole caído de ánimo, procuraban confortarle, contestaba que no veía en aquel reves justificado motivo de pesar, puesto que, soltero y sin familia, poseía aún hacienda bastante para pasarlo con más holgura que la que sus necesidades y gustos requerían.

En 1840 interesó en una fábrica de hilados de propiedad de un cuñado suyo á quien deseaba proteger; pero muerto su pariente y necesitando el Sr. Güell de negocios importantes á que aplicar su actividad, se propuso dar impulso á aquella industria, con cuyo objeto formó sociedad con un industrial, persona de capitales, á quien encargó la adquisición de la maquinaria, reservando para sí la compra del terreno y construcción del edificio. A los ocho meses el señor Güell, emprendedor y diligente, había ya dado cima y remate á su cometido levantando la fábrica, al paso que su indolente socio no se había hecho todavía con la maquinaria. Disgustado aquél de la dejadez é inacción de su compañero, separóse de él, declarándole que con ideas y tendencias tan diametralmente opuestas entre ambos, no les tenía cuenta seguir asociados: «Usted, decía el Sr. Güell á su socio, por ahorrar un duro perderá una semana, y yo por adelantar un día gastaré ciento.»

Entonces D. Juan Güell fundó en Sans la conocida manufactura de panas que todavía subsiste, no sin que le asediaron al principio y le agobiaron graves quebraderos de cabeza y sufriendo pérdidas de cuantía que le forzaron á instalarse en la fábrica y á ejercer á un tiempo las funciones de jefe y de mayordomo. Dominó por fin el negocio y llegó á poner á una altura tan grande aquella nueva industria, ya sin rival en punto á perfección y baratura, que desaparecieron del mercado español los productos similares extranjeros, únicos que antes se consumían. Triunfo de la actividad y de la inteligencia tanto más importante para nuestra patria, cuanto que, á principios del presente siglo, se había intentado por dos veces plantear en España semejante fabricación; pero siempre sin fruto y á costa de pérdidas enormes.

Un nuevo socio adquirió el Sr. Güell en 1850. Era éste D. José Sol y Padris, persona distinguidísima en quien concurrían las más relevantes prendas como hombre privado, como hombre público, á la par que como literato, á quien lloran aún hoy cuantos le trataron y le honraron con su amistad. Basada en el mutuo aprecio que hacían ambos socios de las cualidades que atesoraban, grande fué la intimidad

que pronto los unió. Y no podía menos de ser así: un mismo criterio moral, una misma conducta, idéntica severidad de principios, idéntica elevación de miras y aspiraciones rayaban en los dos á igual altura; de suerte que bien se puede asegurar que, así unidos por vínculos de amistad tan sólida y estrecha y completándose el uno por el otro, hubieran promovido grandes mejoras y puesto por obra, dentro de la esfera privada, utilísimos proyectos en bien del país. Por desgracia frustró tan levantados designios un suceso nunca bastantemente execrado.

Por los años de 1854, involucrada en las cuestiones políticas surgió la espínosa cuestión obrera, la cual, á impulso de miras bastardas, tomó un carácter amenazador y altamente perjudicial á los intereses de España. En vista de tan crítica y comprometida situación, comprendió D. Juan Güell que la cuestión de salarios era secundaria, revolviéndose en realidad en el fondo una revolución política y social; y conceptuándose impotente para atajar el mal y contener el empuje de aviesas pasiones prontas á desbordarse, y movido del noble propósito de prevenir tal vez consecuencias aciagas, decidió cerrar la fábrica y retirarse á Francia, dirigiendo ántes, bien que infructuosamente, reiteradas súplicas á su querido amigo Sol y Padris para que le acompañara al extranjero. Temiendo, empero, los graves perjuicios que tal resolución les irrogaba, empenábanse algunos interesados en la fábrica en disuadir al señor Güell de su intento de cerrarla. Resistióse éste á sus instancias hasta que finalmente vino en ello, no sin advertirles que suya sería la responsabilidad de los acontecimientos que pudieran sobrevenir. Negro presentimiento que no tardó en verse dolorosamente realizado! Abrióse la fábrica, y al poco tiempo, concitados en su recinto los ánimos y cundiendo más y más cada día el espíritu de rebelión entre los obreros, en medio de un tumulto que nadie, ni exhortaciones ni promesas fueron poderosas á calmar, caía allí inicuamente asesinado, víctima del cumplimiento de su deber, el inolvidable Sol y Padris, y era gravemente herido otro socio, el Sr. Rámis. Hallábase á la sazón don Juan Güell en Nîmes, y la impresión que le causó la aterradora noticia de aquel atentado está por encima de toda ponderación. Poseído del dolor más vehemente, tres días permaneció encerrado en su cuarto sin comer ni querer absolutamente ver á nadie. El día ántes del horrible asesinato, el infortunado Sol recibía una carta de su amigo en que le instaba de nuevo encarecidamente para que abandonara la fábrica y cerrase los oídos á cuantas observaciones y reparos le hiciesen los demás socios, los cuales obraban incitados por móviles egoístas.

Después de quince meses de permanencia en Nîmes, D. Juan Güell regresó á Barcelona, volviendo á funcionar la fábrica bajo su celosa y atinada dirección. Pero infatigable ese buen patricio y no contento con emplear su poderosa actividad é inteligencia en el desenvolvimiento de la producción española, quiso con el mismo objeto dedicar parte de su capital á la agricultura; dado que el norte de sus afanes, como capitalista, fué constantemente el fomento y progreso de todo lo útil y provechoso al auge y lustre de la patria. Adquirió en la provincia de Lérida vastos terrenos yermos, y ningún esfuerzo ni diligencia omitió para beneficiarlos. Construyó caseríos importantes, hizo plantaciones de olivos y de vides, siendo el número de estas últimas tan considerable que quizás sus viñas eran en Cataluña las de mayor extensión contenidas en una sola finca. Para los labores del campo introdujo toda clase de herramientas y máquinas de moderna invención, teniendo que superar dificultades sin cuento en lucha con los errores de la ignorancia y las preocupaciones de la rutina; pero al cabo, á fuerza de perseverancia y sacrificios é invirtiendo sumas cuantiosas, logró cambiar la faz de aquella dilatada comarca.

(Concluirá.)

EUSEBIO FONT Y MORESO.

DE-ALGUNAS
PALABRAS Y FRASES ANTICUADAS
QUE AÚN SON DE USO CORRIENTE
EN LA PROVINCIA DE SALAMANCA

(Continuación)

—**Debrotar.**—Este verbo no significa enfermar, como equivocadamente interpretan el *Diccionario de la Academia*, el *Enciclopédico*, y cuantos comentadores de obras anticuadas hemos registrado. La verdadera significación de *debrotar* es volcar, en sentido literal y figurado, y así como decimos: el dolor, la pasión, el vicio, volcó mi alma en un abismo de llanto, de amargura, de infamia; *debrotar*, que en sentido figurado puede suplirse por derrocar, conjugándose como él, se dice de lo que se cae, se consume ó arruina, como nos los demuestran los ejemplos siguientes:

«Ya no soy quien ser solía
De todo voy *debrotado*.» (1)

«Ovejas y corderitos
Y cabritos
De yuso van *debrotados*.» (2)

En corroboración de lo que dejamos dicho sobre el verbo *debrotar*, y por si no bastaran ó no se creyeran concluyentes los ejemplos citados, aportaremos uno vivo.

Asistimos no hace muchos años á una tertulia de aldea en la que se jugaba á juegos de prendas, y hallándose en *berlina* una señorita que iba á casarse con un jóven muy alto que no se hallaba en la reunión, como si todos los concurrentes se hubieran dado de habla, al ser preguntados *por qué* estaba en *berlina* la penitenciada, contestaban: porque no está, porque no viene, porque no ha venido un hombre alto. Apareció á este tiempo en la puerta de la habitación la persona esperada y el ama de la casa exclamó prontamente al verle:

«*Debrotar* (3) esa *berlina*, que ya está aquí el hombre alto.»

—**Deshacubrinar.**—Aun subsiste en el lenguaje hablado este gráfico verbo, y cuando nuestros paisanos ven una persona delgada, ó abatida, dicen: parece *deshacubrinada*, y en este sentido se expresa el pastor de la farsa de Lucas Fernández, que al ver á la dama, que busca afligida y llena de angustia á su caballero, le dice:

«Cuido estáis *deshacubrinada*.»

—**Descarriar.**—No es completamente desusado este verbo, aunque sí se emplea mucho más en el sentido figurado que en el literal. En las ya citadas coplas de *Mingo Revulgo*, aludiendo al reino de Castilla y sus pobres vasallos tan mal gobernados por el afeminado Enrique IV se dice, cual si se hablara de un rebaño:

«Cuales andan por los cerros
Perdidos y *descarriados*.»

—**Desborrajar.**—El *Diccionario de la Academia* no trae este verbo, siendo así que trata del sustantivo borrajo, del cual se deriva.

Borrajo es el rescoldo hecho con caiduras de sarmientos y toda clase de leña menuda y granzones, y al acto de escarbar, ó remover este borrajo, se dice *desborrajar*.

—**Despepitar.**—Hablar con precipitación y vehemencia, clamorear ó lamentarse en alto grado. Es verbo reflexivo y de uso muy general.

—**Embair.**—Este verbo, que el uso ha suplido con el de ensimismarse, no le corresponde por completo, pues *embair* más bien significa estar fuera de sí, *estar ido*, que no *abismado en sí mismo, dentro de sí, ensimismado*.

A pesar de esto es palabra reputada por muy vulgar y la literatura no hace uso de ella más que gráficamente.

«He estado casi *embaido*.» (4)
«Haz al hombre andar perdido,
Y *embaido*.» (5)

(1) Lucas Fernández. *Farsa ó cuasi comedia*.
(2) Id., *Id.*
(3) En la provincia de Salamanca, y hasta en la ciudad se suple siempre hablando el plural del presente de imperativo con el presente de infinitivo.
(4) Lucas Fernández. *Auto del Nacimiento*.
(5) Id. *Farsa ó cuasi comedia*.

—**Emboyar.**—El *Diccionario de la Academia* no tiene este verbo, propio y peculiar de pastores y gentes del campo, y que quiere decir engordar, entrar en carnes, ponerse rozagante y lacio.

Nosotros aventuraríamos la especie, que tal vez los hablistas tengan por peregrina, de que la voz *boyante*, que se quiere hacer derivar de *boya*, puede muy bien tener su raíz en el verbo *emboyar*, por cuanto generalmente se apropia á una persona, no sólo próspera en sus negocios, sino de aspecto rozagante y rebosando salud, alegría y dinero, tanto en su fisonomía como en su vestido.

—**Endonar.**—*Endonar* no es dar, como interpretan el *Diccionario de la Academia* y algunos comentadores de obras antiguas, sino regalar, hacer presente, dar ó hacer un don, y esto lo confirman los ejemplos siguientes.

«Que me *endonó* el rey de Persia.» (1)
«Y que cosa tan gentil
Que me *endonaste* Gil-Bras.» (2)
«Pues yo la quiero *endonar*.» (3)

—**Engolillar.**—Este verbo, altamente significativo, ni lo trae el *Diccionario de la Academia*, ni lo hemos hallado en nuestros escritores antiguos. Se aplica regularmente al acto de atragantarse las aves, y aun también se usa refiriéndose á las personas; pero este último sólo en tono de broma ó muy familiarmente.

—**Engrillar.**—*Engrillarse* es tanto como engrairse, y nosotros creemos al primero generador del segundo; porque es más significativo, más pintoresco y sobra todo porque está tomado directamente de la naturaleza. Se usa mucho hasta entre las personas de educación.

«Yo también ¿de eso te engrillas? (4)
«¿Qué te parece Menguilla
De cuál está Pascualeja?
Dóme á Dios que ya semeja
Doña de las de villa,
¡Mia fe! ya se nos engrilla.» (5)

—**Endilgar.**—Nuestros escritores dramáticos del siglo xvii, sobre todo el atrevido y burlon Tirso de Molina, han dado á este verbo una interpretación torcida y picaresca que no tiene más que cualque otro de su acepción. El verdadero significado del verbo *endilgar* es encaminar, enseñar, dar á conocer, y en este sentido y sólo en este lo hemos oído usar á nuestros paisanos, y en el mismo lo usa Juan de la Encina, como puede verse en el ejemplo siguiente:

«Díme, díme quién tu sos
Y *endilgame* quién es ella.»

—**Encajar.**—Decir de repente y sin que venga á cuento. «*Encajado* haya la suya.» (6)

—**Encetar.**—Este verbo no puede suplirse por principiar, comenzar, empezar, porque su acción es más restringida, y sólo alcanza á aquello de que se segrega alguna parte; como *encetar* un pan, un jamon, una pieza de tela. En los pueblos de nuestra provincia, cuando una enfermedad larga, la falta de cuidado ó la bastedad de las ropas de la cama producen á una persona llagas, ó gangrena, dicen de ella que *está encetado*.

—**Envarar.**—Entumecerse, embarazarse, con un traje estrecho ó que no se está acostumbrado á llevar.

«De rato en rato me *envaró*.» (7)

—**Entecar.**—El *Diccionario de la Academia* trae el adjetivo *enteco* y omite el verbo *entecar* ó *entecarse* que suple con la paráfrasis *ponerse enteco*.

—**Encandilar.**—Este verbo es muy semejante á *engrillar*, en alguna de sus acepciones, y de uso muy generalizado aludiendo á un hombre alegre ó medio beodo.

—**Espabilar.**—Despabilar dice el *Diccionario de la Academia*, y es hoy la locución más admitida. En el lenguaje familiar aludiendo á la inteligencia ó á los ojos, se dice comunmente, *espabilar*.

«Y *espabila* las pestañas.» (8)

(1) *Romancero del Cid*.
(2) L. F. *Farsa ó cuasi comedia*.
(3) Id. *Auto del Nacimiento*.
(4) L. F. *Auto del Nacimiento*.
(5) Juan de la Encina. *Egloga*.
(6) *La Celestina*. Acto 6.
(7) L. F. *Farsa ó cuasi comedia*.
(8) Id. *Auto del Nacimiento*.

—**Espavorecer.**—Este verbo como los anteriores es reflexivo y expresa el acto de sentir pavor. «Ahora perderé contigo, mi desdichada hija, los miedos y temores que cada día me espavorecían.» (1)

—**Holgar.**—Este verbo se ha hecho anticuado en la más importante de sus acepciones, y como en esa se usa aún en la provincia de Salamanca, por eso nos ocupamos de él. La cita siguiente sacada de *La Celestina*, nos evitará más explicaciones: «Bien huelgo, señora, en ser avisada.»

—**Jaropear.**—Dar jaropes.

«Jarópate con cordara»

dice en una de las farsas de Lucas Fernández una pastora á su pretendiente, que se queja de estar enfermo.

Convirtiendo en *o* la primera *a* hemos oído usar también este verbo á modo de juramento, ó imprecación.

—**Labrar.**—Aun se usa este verbo en la acepción que se le daba antiguamente, y aún se llaman *labranderas* en la provincia de Salamanca, como en tiempos de Fernando de Rójas, á las mujeres que hacen bordados y labores en los cuellos y puños de las camisas. El verbo bordar, que ha sustituido al anterior, viene de *hacer bordes*, que se dice aún también en Salamanca, por *festonar*, *hacer festones*.

—**Mangar.**—El *Diccionario de la Academia* no trae este verbo tan expresivo como pintoresco, pues denota con la mayor viveza el acto de meterse las mangas del vestido. Nuestros charros lo usan continuamente diciendo: Me *mangué* la anguarina, el jubon, la zamarra, etc.

—**Mangonear.**—Hé aquí uno de los verbos más gráficos que se puedan buscar, y que sin embargo, la literatura lo rechaza, por más que en mil ocasiones bastará para suplir una enojosa paráfrasis. Este verbo, que hoy por lo regular se aplica á las mujeres, debió nacer ó ser inspirado por las amplias mangas que usaban los frailes.

—**Morar.**—Habitar, vivir. Se usa ya poco entre la gente culta. «Días grandes son pasados que mi madre, mujer pobre, moraba en su vecindad.» (2)

—**Mentar.**—Nombrar. «No oiga yo mentar más ese loco.» (3)

—**Otear.**—Ojear, mirar de lejos. En las afueras de Salamanca hay un sitio agradable que mereció algunos buenos versos á nuestro inimitable lírico Menéndez Valdes, que se llama: *El Otea*.

«Las zagalas que me *otean*.» (4)
«Siempre *oteo* quien asoma.» (5)

—**Pulir.**—Ser pulido, lindo, agraciado, usar aseo y gala en el vestir. Se usa mucho en esta acepción entre la gente de aldea, que al decir de una moza que es muy *pulida*, significan, linda, bien prendida, modesta.

«Y pastor cierto polido
Y sabido.» (6)

—**Renegar.**—Decir reniegos de alguno ó contra alguno.

«Pues si digo el blasfemar
Y *renegar*.» (7)
«Dereniego del amor,
Doile á rabia y doyle á huego,
Del blasfemo y del reniego.» (8)

—**Rejijear.**—No es este verbo anticuado, sino palabra bárbara, con la que determinan en el occidente de la provincia de Salamanca, en los pueblos colindantes con Portugal, el acto de dar el grito tradicional y salvaje de ¡*ijijí!* peculiar á los paisanos de Asturias, y que en el alto Aragon, donde también se conserva esta costumbre, llaman *renchilido*.

Lo mismo los campesinos de Asturias que los de Aragon y la parte occidental de la provincia de Salamanca, terminan sus cantos de ronda con el tradicional *ijijí*, que los eruditos creen el grito bélico de los celtas.

(1) *La Celestina*. Acto último.
(2) *La Celestina*. Acto 1.
(3) Id. Acto 4.
(4) L. F. *Auto del Nacimiento*.
(5) Id. *Farsa ó cuasi comedia*.
(6) Id. *Auto del Nacimiento*.
(7) Id. *Farsa ó cuasi comedia*.
(8) Id. *Id.*



CUENTO PAVOROSO

Nosotros creemos más bien, sin que tratemos por eso de imponer nuestra creencia, que este grito áspero, salvaje, estridente, era tomado de los árabes, y nos confirma en nuestro aserto el recordar que una célebre compañía de árabes que recorrió hace algunos años la Europa, en uno de los juegos que ofrecía al público y que se titulaba *Los árabes en el desierto*, al lanzarse á la carrera ó la lucha daban aquel mismo grito prolongado, que habíamos oído á nuestros paisanos y cuyo estridor retintía en nuestro oído. *Rejijear* es lanzar este grito salvaje.

—Renquear.—Andar *renco*, cojo de la cadera.

—Repelar.—Tirar fuerte del pelo; arrancarlo á tirones.

«Que no me han dejado pelo,
Na cholla por repelar.» (1)

—Repicar.—Ir bien prendida; de repiquete.

«Po eso está hoy tan bella,
Tan galana y repicada.» (2)

—Resolgar.—Alentar: respirar. Verbo que pasa por inculco, sin verdadera causa, á nuestro entender, y que en realidad no lo suplen ni alentar, ni respirar. También se dice más rudamente *Resollar*.

—Revesar.—Ser *revesado*: malo; travieso; de mala intención.

«Que aunque sean bien *revesados*.» (3)

—Retronicar.—Argumentar con sofismas, buscar palabras capciosas para disculparse de una falta. «No nos vengas con *retroniquerías*» solía decirnos nuestro padre cuando le replicábamos.

«¡Que *retrónica* pasáis!» (4)
«Bien lo has *retronicado*.» (5)

—Rezongar.—Murmurar por lo bajo. Este verbo inculco y vulgar como es, no tiene equivalente en castellano, y es de lamentar que el uso lo haya desterrado, no sólo del lenguaje escrito, sino hasta del hablado. El Sr. Aguilera, si no nos miente la memoria, lo usa en su *Lejenda de Navidad*; pero poniéndolo en la boca de un charro.

«Manteniendo mozos adevinos, *rezongadores*.» (6)

—Trasijar.—*Trasojár* dice equivocadamente el *Diccionario de la Academia*. *Trasijar*; estar trasijado, significa flaco en demasía, macilento.

«Mas cuidado que anda, señor,
Salvo honor,
Trasijado de correnca.» (7)

—Tremar.—Temblar; estremecerse. «*Celestina*, todo *tremo* en oírte.» (8)

Este verbo es más dulce en su pronunciación que temblar, y más regular que estremecer, y la literatura debía procurar restaurarlo.

—Trasponer.—Apénas si encontramos verbo que supla á éste, si bien él es lo bastante significativo para explicarse por sí mismo. En poesía se usa mucho aún, sobre todo con relación á los astros, y un sin fin de poetas malos y buenos habrán dicho y dirán: «Antes que el sol trasponga el horizonte.» En el lenguaje hablado y en la prosa no se usa ya, por más que nuestros campesinos sigan hoy, como en el siglo xv valiéndose de él. «Allégale acá, y verla has antes que *trasponga*.» (9)

—Tumbar.—Caer; dejarse caer; echarse.

—Tuntunear.—Hacer en la puerta, ó en la ventana, tun, tun, con los nudillos. Este verbo, tan gráfico y pintoresco, no se puede suplir en nuestra lengua culta más que por la larga paráfrasis de llamar con el puño, que ni es tan expresiva, ni tan galana. Este verbo, como los de *aojar*, *mangar* y algún otro, para los que no se han hallado equivalentes, al proscribirlos y desterrarlos de la literatura, debieran ser restaurados otra vez en ella, con lo que el castellano ganaría algo en concisión si no en lozanía.

(1) Juan de la Encina. Auto del *Repelon*. *Cholla*, mollera. Se usa aún.

(2) L. F. *Farsa ó cuasi comedia*.

(3) Juan de la Encina. Auto del *Repelon*.

(4) L. F. *Farsa ó cuasi comedia*.

(5) Auto del *Nacimiento*.

(6) *La Celestina*. Acto 6.º

(7) L. F. *Farsa ó cuasi comedia*, correnca, diarrea.

(8) *La Celestina*. Acto 1.º

(9) *La Celestina*. Acto 4.º

—Semejar.—Parecerse.—Siendo el verbo *semejar* más culto y clásico que el de parecer, ó parecerse, se usa ménos en la conversacion, si bien la literatura le da la preferencia, como se la dan también los provincianos de Salamanca y otras partes. En una cita que dejamos hecha de una égloga de Juan de la Encina, entra este verbo en la tercera persona del presente de *indicativo*:

«Dóme á Dios que ya *semeja*, etc.»

—Scalantar.—No es calentarse, sino entrar en calor, y nuestros paisanos provincianos pronuncian este verbo con la *s* líquida, cosa contraria á las reglas del castellano, pero que vemos autorizada por nuestros escritores antiguos.

Lúcas Fernández en su Auto del *Nacimiento* escribe:

«Son juego que *scalantemos*.»

—Squebrajar.—Hacer rajás; hacerse rajás; desquebrajarse.

«Verás como me *squebrajo*
Por contenta te tener.» (1)

—Socochar.—Sacolchar dice el *Diccionario de la Academia*. Nosotros creemos más propia la lección de nuestros paisanos, por cuanto *cuchar*, es, ó era, cocer en lenjuaje anticuado ó vulgar, y *so*, puede muy bien interpretarse por bajo, que es su acepción genuina, de donde se infiere que *socochar* denota mejor que *sacolchar*, una cosa poco cocida, á medias cocida, en un punto bajo de cocion.

RAFAEL LUNA.

(1) L. F. *Farsa ó cuasi comedia*.

LA GLORIA

Hay palabras breves en su enunciaci6n, pero que entrañan un mundo de ideas, de nobles sentimientos; que compendian una historia llena de interesantes episodios de abnegacion, de heroismo, de laudable desprendimiento. Síntesis misteriosas cuyo sólo nombre trae á la memoria el grato recuerdo de eras fecundas en portentosos sacrificios, en incansables desvelos, en acontecimientos plausibles, y épocas memorables de exaltacion y nobleza. Grandiosas epopeyas que explican con su sola manifestacion la crónica detallada de la humanidad errante; su pasado y su presente; que levantan profundo eco en todas las naciones y que caracterizan el progreso, la abnegacion y el valor. *La gloria* es una de estas palabras privilegiadas, significativas y universales en ricos y grandiosos resultados. Su dulce armonía halla cabida en todos los corazones, aguza todas las inteligencias y conmueve todas las voluntades para salvar todas las distancias en la esfera de los sentimientos y en la region de las ideas: alentando con reiterados esfuerzos al ser racional aguijonea su deseo por lo bueno, justo y grande, y, avivando su afán por adquirir verdades solidísimas y fundamentales que ensanchen la esfera de sus conocimientos, aplaude su constancia en las investigaciones científicas, y le libra del abismo sin fondo de la apatía, que conduce irremediamente á la más vergonzosa ruina.

Sin el poderoso incentivo de *la gloria*, la imaginacion y el arte reducidos á estrechos y mezquinos límites, cercenarían el vuelo de la inteligencia al remontarse ávida de adelantos á incógnitas regiones para explotar el misterioso venero que ellas le ofrecen; la luminosa estrella del progreso palidecería, y el trabajo y el estudio, esos dos gérmenes de prosperidad y ventura para el individuo, la familia y la sociedad, desmayarían sus conquistas sin el soplo vivificador de aquel don inestimable, sin la eficaz ayuda, sin la robusta palanca de *la gloria*.

Quien no quema incienso ante sus aras, quien no la rinde el tributo de su respeto, quien no aspira á su posesion, rebaja su propia dignidad, falta al amor de sí mismo y se revuelve en el asqueroso cieno de las pasiones groseras, degradándose al despreñar la sublimidad que *la gloria* entraña.

Todos anhelamos sobrevivir á la mano destructora del tiempo: todos queremos perpetuar sobre la tierra nuestro nombre: todos ansiamos que la fama le publique con su parlera trompa en las futuras generaciones para que las edades venideras nos admiren, nos aplaudan y eternicen nuestros méritos y virtudes en las severas páginas de la historia. Este deseo es innato en el ser racional y *la gloria* le llena por completo, porque ella es la eternidad en el tiempo.

La fría cavidad de una tumba nos aterra cuando todo concluye en la profundidad del osario, y el olvido tiende su manto de tinieblas sobre nuestros restos inanimados; pero la conviccion de que nuestros trabajos, ó nuestro patriotismo, ó nuestro heroico comportamiento han de ser recordados con entusiasmo, nos anima; si nos persuadimos que nuestras cenizas serán veneradas por los hombres de mañana, sacrificamos gustosos nuestra existencia, con serenos tan querida, pareciéndonos la muerte sólo un sueño largo y reposado, porque la esperanza de *la gloria* nos sonríe en lontananza, y ella depositará en nuestra urna funeraria una corona de siemprevivas que resistirá á los embates violentos del tiempo, que todo lo conmueve; á la carcoma del vicio, que todo lo devora; á la política rastrea, que todo lo malea, y á las miserias humanas, que lo inficionan todo con su ponzoñoso virus, porque *la gloria* hará con su soplo vivificador reverdecer nuestros laureles de entre la adelfa de la huesa, y ciñendo una corona inmortal, grabará nuestros hechos notables en mármoles y bronce para honrar nuestra memoria.

Sin el afán legítimo que *la gloria* produce, los adelantos en todas las esferas del saber se esterilizarían; las grandes empresas morirían en la cuna por falta de premio, y los esfuerzos titánicos del talento y del valor, serían tristes despojos de una indiferencia apática y glacial, y, desvanecida la ambicion de una recompensa tan justa como elevada, el egoísmo sería el único criterio de nuestros pensamientos, la sola norma de nuestros actos.

La gloria, cual cariñosa madre, levanta y fortalece el espíritu de los hijos del *genio*, verdaderos mártires de la calumnia y de la envidia: ella afila la tajante espada del guerrero que desafía impávido el peligro en los sangrientos campos de batalla y entre el fragor horrible del combate; ella estimula y temple la pluma del literato, del filósofo, del historiador y de todos los hombres de ciencia para ensanchar el círculo de sus conocimientos; ella franquea á la imaginacion del poeta los ricos tesoros de inspiracion que brotan á raudales de la Castilla é Hipocrene, y guía el cincel del escultor y las melodías del músico, y la mágica paleta del pintor, para trasladar al mármol, al papel y al lienzo las eternas creaciones del talento, purificándolo todo con el fuego que derrama su disco esplendoroso, porque *la gloria* es el vasto patrimonio del *genio*.

Abrid, si dudáis de nuestras palabras, los anales sublimes de la historia, y veréis confirmados nuestros asertos con datos irrecusables.

¿Qué importa á Sagunto que el intrépido Anibal, el despues vencedor en Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, como vencido en Zama, hollando los tratados, conculcando el derecho de gentes y olvidando todo sentimiento digno y levantado, se presente ante sus murallas y las destruya con sus poderosos arietes, si dentro de la ciudad hay pechos españoles que la defienden con heroismo palmo á palmo, y que saben, cuando no pueden resistir á sus numerosos enemigos, arrojarse á la pira del sacrificio que les ofrece entre sus pavorosas y humeantes llamas la corona inmarcesible de *la gloria*?

¿Qué importa á Numancia el poder romano; su fuerte ejército con el vencedor de Cartago al frente; los atrincheramientos y empalizadas que la circuyen; las terribles máquinas que pulverizan sus fuertes muros; los continuos ataques que cercenan considerablemente el número de sus gloriosos é irreparables héroes, si hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, fuertes y débiles, y todos, todos llevan indeleblemente impreso en sus corazones el sello de la inde-

pendencia y en sus valerosas frentes la corona de la gloria?

¿Qué importa á Zaragoza y Gerona que el gran capitán de nuestro siglo la haga sufrir tantos meses de sitio cruel, si los zaragozanos y gerundenses sienten correr por sus venas la sangre de los hijos de Sagunto, Astapa y Numancia; si no olvidan que la independencia, patrimonio del pueblo español, labró inmarcesible corona al ínclito Pelayo y á tantos héroes españoles; si claramente distinguen en la bandera tricolor y escritas con letras de sangre las palabras *traición* y *usurpación*; si igualmente observan que el águila imperial sólo se cierne en una esfera corrompida y no puede levantar los ojos serenos y contemplar el sol de España, ni llevar entre sus garras, como la de la mitología, el rayo de Júpiter y si solamente el negro pendon de la *mala fe*; si ellos comprendieron que son los vencedores morales por más que la peste y el hambre les obligue á capitular, y si, últimamente, ven sobre tantos cadáveres, tantas ruinas y tantos horrores, aparecer una mujer hermosa como la creación de un poeta, sostenida en las nubes, rodeada su cabeza de preciosa aureola, cubriendo su cuerpo con regio manto y llevando en las manos la corona de la gloria que va á depositar en sus enhiestas frentes como premio merecido á tantas heroicidades?

Por otra parte, ¿quién sinó la gloria ha coronado en nuestra patria á muchos de sus reyes y á considerable número de sus héroes? ¿Quién sinó ella hizo surcar procelosos mares á Jorja, Colon, Ojeda, Hernán Cortes, Pizarro, Doria, Vasco de Gama, y otros muchos que han enriquecido la historia de su respectiva patria con sus brillantes proezas, ó notables descubrimientos, ó inmortales victorias? ¿Quién, sinó la gloria ha servido de estímulo á los grandes pensadores Aristóteles, Confucio, Diógenes, Abelardo, Vives, Kant, Feijóo, Bálmes y cien y cien más que en gracia de la brevedad no debemos mencionar?

Y á los pintores Zeuxis, Miguel Ángel, Murillo y otros, y á los escultores Fidias, Ruiz Sánchez, Barba y Alvarez; y á los eminentes literatos que en España, Francia, Italia, y el mundo entero han admirado por su profundidad los unos, por la belleza de sus creaciones otros y por su genio todos, ¿quién sinó la gloria les ha servido de acicate para no desmayar en la escabrosa senda por ellos emprendida?

Hemos visto, pues, aunque someramente, que la historia, esa gran maestra de la humanidad, enseña con la elocuencia de los hechos que el patrimonio del talento, de la virtud y del valor es la gloria.

Nuestro ilustrado siglo cuenta también con grandes genios, que se verán contrariados, quizá perseguidos y nunca debidamente respetados y honrados: pero no deben olvidar que si bien los célebres Colon, Fernández de Córdoba, Cisneros, Cervantes y otros mil sólo han apareado en su peregrinación por la tierra el cáliz de los desengaños, han ceñido en recompensa sus frentes con la envidiable corona de la gloria.

Así, pues, si el mundo ingrato á vuestros desvelos os desprecia y califica de soñadores, no desmayéis en el comenzado camino... adelante, que os espera la gloria. Si las nubes que la maldad agrupa se condensan sobre vuestras cabezas, y la tempestad estalla y cruge el trueno y serpentea el relámpago, seguid adelante sin volver la vista atrás, fijándola sólo en la corona que os espera en el augusto templo de la inmortalidad, en la corona de la gloria.

Por otra parte siempre encontraréis hombres leales que os aplaudirán con sinceridad y entusiasmo, que admirarán vuestro genio, que ensalzarán vuestra gloria. El autor de este artículo, que desprecia altamente esa lepra del alma, ese cáncer del corazón que se llama *envidia*, y que quema incienso ante Eufeme es uno de ellos. Dispensadle tanta inmodestia en gracia al ménos á tanta verdad.

EMILIO CIRUGEDA ROS.

GUERRA Á MUERTE

I

En los primeros días de Marzo del año de 1827, el marques de Pedraña, que residía habitualmente en Sevilla, se trasladó, según su costumbre, á un hermoso cortijo que poseía situado en la falda de la pintoresca sierra de Córdoba, con objeto de pasar en él la estación primaveral. Tenía el marques veinticinco años de edad, era soltero, de carácter amable aunque un tanto impetuoso y de conducta irreprochable. Había hecho de su cortijo una gran posesión de utilidad y recreo, labrando una casa espaciosa llena de todas las comodidades y lujo conocido en aquel tiempo.

Hablábase en aquellos días de una partida de bandidos que tan pronto aparecía en la serranía de Córdoba como en las cordilleras de Despeñaperros, y á la que habían perseguido en balde alguna fuerza de soldados de la guarnición de aquella ciudad y una compañía de escopeteros instituida con este objeto; y se contaban maravillas del valor, astucia y ferocidad del capitán de aquella horda de facinerosos, conocido con el apodo de *Berruga el de Montoro*, por tener una junto á la nariz y por ser natural de esta población.

Achacábanle la muerte de un soldado y de un carabinierno, sin contar muchos robos y fechorías.

Dos meses hacía Berruga y sus secuaces gozaban de la más completa impunidad, cosa corriente en aquella época y aún en la nuestra, no obstante el aumento de población y la creación de la guardia civil; pero habiendo los foragidos robado una yunta de labor perteneciente al marques, éste se propuso limpiar la comarca de aquella plaga; y con efecto, puesto al frente de algunos soldados y escopeteros, y merced á la delación de uno de la cuadrilla, pudo sorprender á Berruga y á su gente en una cañada. Trabóse una refriega. El capitán de los bandidos fué hecho prisionero con cinco más de éstos; otros tres ó cuatro cayeron muertos y heridos, y sólo lograron salvarse cinco ó seis, entre ellos el que hacía de segundo jefe, malagueño más ladrón que Caco, y conocido con el nombre de *El Morenillo*.

Berruga fué conducido á Córdoba y juzgado por aquella Audiencia. Como pudo medio probar que las muertes del carabinierno y del soldado habíalas perpetrado en defensa propia, tuvo la suerte, muy rara en aquel tiempo, de sólo ser condenado á cadena perpetua, destinándole al presidio de Málaga.

Durante dos ó tres meses se habló algo de él, se supo que ya estaba cumpliendo su condena; pero como los restos de la cuadrilla que había mandado no volvieron á dar señales de vida, Berruga fué olvidado, hasta por el marques, no obstante saber éste que el bandido había jurado vengarse de él.

Dos años despues, esto es, en la primavera del año de 1829, el marques, recién casado con una prima suya, volvió á su cortijo de la sierra y allí gozó durante algunos días de una luna de miel que parecía ser eterna.

En el país se hablaba vagamente de una nueva partida de ladrones que *actuaba* en Sierra-Morena; pero el marques prestó escasa atención á estos rumores; estaba embelesado con el amor de su esposa y con la esperanza de ser padre; pues la marquesa se hallaba en cinta.

Á mediados de Abril, tuvo forzosamente que trasladarse á Sevilla con motivo de la vista de un pleito entablado sobre la pertenencia de bienes que radicaban en aquella ciudad y en Burjasot, en Valencia.

La ausencia debía ser breve y el marques se puso en camino sin el menor recelo.

Al siguiente día, en una noche tempestuosa y cuando los moradores del cortijo acababan de recogerse, algunos hombres se deslizaron como reptiles entre la espesura del huerto y jardín, cuyas tapias habían escalado. Varios de ellos penetraron en los dormitorios de los criados, á quienes sorprendieron y maniataron.

Al mismo tiempo la puerta de la habitación de la marquesa caía bajo el impulso de golpes violentos, y ésta y su doncella, llenas de espanto, vieron penetrar en la estancia un grupo de hombres que llevaban armas y hachones encendidos.

Uno de ellos, de formas atléticas, que estaba delante de todos, se aproximó á la marquesa y dijo:

—Nada de asustarse, señora. He venido aquí á poca cosa. He sabido que el digno esposo de usted se halla ausente, lo cual me obligará á repetir la visita. Cuando vuelva tenga usted la bondad de decirle que Berruga ha estado aquí á pagarle una deuda; Berruga, el *buen hombre* á quien él sorprendió é hizo juzgar y envió á presidio. Digale usted que Berruga sale de todas partes, hasta del infierno, y que hasta que *nos veamos*, voy á dejarle algunas pruebas de mi agradecimiento.

Y luégo, dirigiéndose á los bandidos presentes y á otros que iban llegando, repuso:

—Supongo, muchachos, que habréis cumplido mis encargos: al saqueo y quemad, talad y destruid todo lo que no sea manuable; que no quede titere con cabeza.

La venida de un facineroso anunciando la aproximación de la compañía de escopeteros de Córdoba, puso fin á esta escena terrible.

—¿De *naja* todo el mundo! —gritó Berruga. Y luégo, dirigiéndose á la marquesa, medio muerta de terror, dijo:

—Señora, ántes de despedirme, quiero llevarme un recuerdo de usted. —Y asiéndola por su suelta y magnífica cabellera se la cortó casi á cercen.

Media hora despues, los bandidos que habían saqueado el cortijo é incendiado el huerto, jardín y la casa, se alejaban perseguidos muy de cerca por una mitad de la compañía de escopeteros.

La otra mitad y los criados de la posesión trataron de extinguir el incendio del edificio y lo consiguieron en parte.

Los escopeteros alcanzaron á la horda de foragidos á la bajada de la sierra y despues de una lucha tenaz, hicieronla desbandarse, dejando algunos muertos, heridos y prisioneros; pero Berruga y su segundo, el Morenillo, no pudieron ser habidos. El capitán de la fuerza tomó con su gente todas las salidas de la sierra y del monte, proponiéndose acorralar á los facinerosos que se habían escapado.

En cuanto á la marquesa, cayó postrada en su lecho, víctima de un violento ataque cerebral.

II

El administrador del marques mandó dos criados á Sevilla con una carta en que le noticiaba la catástrofe. El marques se hallaba en Valencia y tardó algunos días en recibirla. Cuando volvió al cortijo y halló á su mujer moribunda y ultrajada por la mano del bandido, su huerta y jardín arrasados y su casa quemada en parte, experimentó un acceso de furor imposible de expresar. Pero éste fué breve; reconcentró su pena y su cólera en su corazón; encerróse en un casi total silencio y se dedicó á asistir á la enferma con una tranquilidad que hacía daño.

Cuatro días despues la marquesa había muerto, su marido no derramó ni una sola lágrima; continuó en su sombrío silencio. Hizo trasladar á Sevilla el cadáver de aquella, que fué enterrada en la iglesia de San Miguel, en donde los marqueses de Pedraña tenían una capilla-panteon. Al día siguiente el marques hizo llamar al capitán de la compañía de escopeteros de Córdoba.

—¿Suponéis —le preguntó— que Berruga esté en la sierra?

—Es casi seguro —contestó el capitán. —Como ya habrán dicho al señor marques, desde el día que dispersamos á su partida he hecho tomar todas las salidas de la sierra y de los montes; y ni ese tuno ni nadie de su cuadrilla podrá pasar, á ménos que no tenga alas.

—Está bien. ¿Cuántos hombres son ustedes?

—Sesenta y dos, señor marques.

—Pues para excitar su vigilancia daré mil reales á cada uno. Sólo exijo de ustedes que acorralen á Berruga durante quince días.

—¿El señor marques tiene algun proyecto?

—Capitán, yo sólo vivo para vengarme de Berruga.

—Puede V. E. contar conmigo y con mis muchachos.

—No, déjeme usted dos solamente y llévese los que hay en el cortijo.

Al día siguiente, una hora despues de amanecer, el marques salía del cortijo al frente de una extraña y heterogénea partida. El lector habrá comprendido el objeto, que era apoderarse de Berruga á todo trance y vengar en él su amor, su porvenir, y en fin, su felicidad perdidos. Para ello faltaba tiempo á su impaciencia, y como ántes había dicho al capitán de los escopeteros, sólo esta idea animaba su vida prestándole una energía febril. Con una prudencia y serenidad ajenas á su estado de excitación, escogió y organizó á sus auxiliares del modo más á propósito para alcanzar el logro de su empresa.

Un cazador de la sierra que conocía personalmente al feroz bandolero, así como también al Morenillo, segundo jefe que había sido de la disuelta horda de foragidos, que además sabía, aunque vagamente, la guarida de aquél, se brindó á servir de guía. Y sobre esta base eligió á los que habían de acompañarle, todos aptos, si se exceptúa el ayuda de cámara del marques, que se empeñó en ser de la partida. El fiel servidor era francés, gascon, y por lo tanto algo hablador y tenía pretensiones de ser humanista y erudito. Formaban el resto de los expedicionarios, el jardinero del cortijo, dos campesinos, uno de ellos gran trepador de peñas y vericuetos y tres escopeteros del tercio de Córdoba. Todos iban armados de trabucos y escopetas —excepto el marques que llevaba una carabina inglesa— y de cuchillos de monte ó puñales de Albacete. El marques halló además en el cortijo dos auxiliares formidables, en dos perros

ESTATUAS DEL MUSEO DE CASSEL



DEBIDAS AL INSPIRADO CINCEL DEL ESCULTOR ALEMÁN ECHTERMEYER

gigantescos de raza danesa, que siempre estaban encadenados á causa de su carácter poco apacible. El uno se llamaba Rinconete, el otro Cortadillo, como los héroes de una novela de Cervantes, y aunque de igual casta, se diferenciaban entre sí por el pelo y por algunas particularidades de instinto.

El uno era rojo con manchas negras, el otro negro con pintas blancas: los dos tenían el colmillazo instantáneo y una fuerza de jarretes igual; pero Rinconete sentía á veces accesos de alegría mientras que Cortadillo se encerraba siempre en una sombría dignidad. El primero jugaba con sus presas, el otro se limitaba á despedazarlas.

Cuando éstas les faltaban, se entretenían en devorarse mutuamente á fin de no perder la costumbre. Su misión sobre la tierra era morder, y la cumplían, especialmente

en los que tenían mal aspecto ó iban mal vestidos; porque á los perros, como á los hombres, les repugna la pobreza.

El jardinero, que era su jefe inmediato y que el día de la catástrofe del cortijo había estado en Córdoba, llevándose con él á los perros, decía:

— Ah! si mis *gozquecitos* se hubieran quedado en el cortijo, sería otra cosa!

Como los tales *gozquecitos* vivían casi siempre aislados, conservaban sus instintos feroces en su pristina pureza.

Todo esto y mucho más se necesitaba para buscar y rendir á Berruga, que gozaba de una reputación espantable. Según se decía, saltaba por las sierras con la agilidad de un gamo, corría á lo largo de los precipicios con la mayor seguridad, se ocultaba entre los sembrados

como un reptil, conocía asilos impenetrables y aparecía casi al mismo tiempo en sitios muy distantes. El marques era valiente, obstinado, inteligente y estaba impulsado por una gran pasión; pero el bandido era un ser extraordinario. Ibanse, pues, á desplegar en el ataque y la defensa igual fuerza de recursos.

El marques, seguido de sus auxiliares, siempre silencioso y meditabundo, se iba alejando del cortijo. Al llegar á un recodo de la senda, se detuvo un instante y lanzó una postrera mirada á la cerca de su jardín destruida, á su casa medio quemada, al mirador en donde acostumbraba á sentarse su mujer; y entonces una expresión indefinible oscureció su semblante.

Quizá se dijo: ¡No volveré á ver estos lugares sin haber cumplido mi venganza!

(Continuará.)

F. MORENO GODINO.

ESTATUAS DEL MUSEO DE CASSEL



ITALIA

ESPAÑA

DEBIDAS AL INSPIRADO CINCEL DEL ESCULTOR ALEMAN ECHTERMEYER

EL FUEGO DEL CIELO

III

Un modesto ciudadano de un pueblo libre, hijo de un pobre fabricante de jabon, cajista primero y regente de una imprenta despues, bien que el porvenir le reservara más altos destinos en su patria; un hombre, en fin, que ni siquiera era físico en la técnica acepción de la palabra, aunque acostumbrado á estudiar y discurrir sobre serios problemas de moral, de política, de ciencia; este modesto y probo ciudadano fué quien en los tiempos modernos adivinó el gran secreto celeste, la naturaleza del rayo, las misteriosas leyes del fuego del cielo, y quien con conocimiento de causa inventó el medio

eficaz, el remedio único, el verdadero preservativo contra sus espantosos estragos.

Para hacer este milagro casi divino, que legó á la inmortalidad su glorioso nombre, hubo de aplicar ante todo el poder de su gran inteligencia y la intuición de su audaz genio al estudio de los abstrusos fenómenos de la electricidad, y muy luego se halló en aptitud de ciencia y experiencia para explicarlos á todos los sabios del mundo. Él explicó con superior maestría los efectos de la botella de Leyden, y prestó á las ciencias el más señalado servicio haciendo ver la analogía del rayo con la chispa eléctrica producida en los aparatos inventados hasta entónces, y desarrollando esta teoría con más inteligencia y acierto que Descartes y Boerhaave, que Wal y Grey y Nollet y cuantos célebres físicos de electricidad y fenómenos igneos habian tratado.

Con enojo de unos, con plácemes de otros, con gran sensacion de todos los sabios, él formuló así su pensamiento:

« El rayo es ondulante y anguloso como la chispa eléctrica.

» El rayo hierre con preferencia los objetos elevados y puntiagudos; del mismo modo todos los cuerpos puntiagudos son más accesibles á la electricidad que los cuerpos redondos.

» El rayo sigue siempre el mejor y más inmediato conductor; la electricidad hace lo mismo en la descarga de la botella de Leyden.

» El rayo inflama las materias combustibles, funde los metales, rasga ciertos cuerpos, mata á los animales: esto mismo hace la electricidad.»

Sentados estos principios, base de su infalible hipótesis, añadió:

« Bien pudiera ser que una barra de hierro puntiaguda, elevada en los aires y comunicándose con un conductor metálico en contacto con el suelo, arrebatara la electricidad á nubes tempestuosas previniendo así la explosión del rayo.»

Y, aunque en hipótesis, hé aquí ya imaginado el pararrayos, la cadena de hierro que iba á hacer esclavo sumiso del hombre el fuego del cielo, hasta entónces tan suelto, poderoso y terrible.

En 1760 se construyó en Filadelfia un aparato tan sencillo como audaz: era una vareta de hierro de nueve piés y medio de longitud y de una media pulgada de diámetro que, como agudísimo cono, iba disminuyendo hacia su vértice. Á la base de ésta se unía otra vareta, cuyo extremo inferior se comunicaba con un extenso conductor, igualmente de hierro, el cual entraba en tierra cosa de cinco piés.

Este sencillo aparato era el gran invento de los siglos, la prócer maravilla de la ciencia, la máxima reverberación del genio...

Era el pararrayos.

Colocóse luégo en lo más alto de un edificio, y se esperó la tempestad como en un reto, reto divino que, al parecer, tenía algo de satánico.

El cielo se manchó de nubes, las nubes se condensaron luégo, y á poco anunciaron la tormenta el relámpago y el trueno.

El rayo rasgó las nubes, cruzó el espacio silbando y retorciéndose como una sierpe de fuego, y siguiendo necesariamente un camino que nadie, sino Dios, le había trazado hasta entónces, vino á extinguirse, á morir á los piés de Franklin.

Dios, sin embargo, se complació en su obra, que obra de Dios es la inspiración del genio. *Et vidit Deus quod erat bonum.*

¡Gloria eterna al inventor del pararrayos, esa sublime pirámide erigida á la ciencia, á la paz, á la vida, á la victoria, á Dios, cuyo dedo inmortal tocó la frente de Franklin para que fuera inmortal venciendo algo del cielo, domando en el rayo todas las fuerzas ciegas, estériles, destructoras!

IV

Y sin embargo, una invención tan gloriosa, por lo humanitaria siquiera, hubo de encontrar en Europa una hostilidad sistemática.

¿Por qué tanta ingratitud é injusticia tanta?

Dicho se está: porque era tan gloriosa.

La envidia es así: ingrata siempre y siempre injusta.

En Inglaterra influyó otra razón, ó sin razón, más propiamente. Franklin, como gran ciudadano y patriota de aquellos ¡ay! cuya raza, por desdicha, se ha perdido (dicho sea sin alusión ni agravio, sino en descargo de conciencia); Franklin había influido y coadyuvado con toda la fuerza de su buena voluntad á la emancipación de las colonias inglesas, que, triunfando al fin en guerra heroica contra la metrópoli, vinieron á ser los Estados Unidos de América. Y en odio al ciudadano por una parte, y por otra con la intención, con la interesada y torpe mira de lisonjear á un rey soberanamente enojado por tal independencia, los sabios ingleses quisieron mortificar al sabio americano.

Aceptaron, eso sí, el pensamiento de Franklin; pero torturándolo tan cruelmente, corrigiendo y mejorando de tal modo el aparato, que entré tales y tantas correcciones y mejoras, desaparecía el ilustre inventor del pararrayos.

En efecto, y citando solamente una mejora, que viene á ser como el botón de muestra de las otras, el pararrayos de Franklin acababa en punta y los sabios ingleses decidieron seriamente acabarlo en bola.

Con todo eso, la misma Inglaterra vino á aceptar al fin, con todas las naciones cultas, el pararrayos de Franklin, acabado en punta y tal como su genio lo inventara.

Actualmente no hay edificio público, ni fábrica, ni palacio, ni casa de importancia, á lo ménos en las grandes ciudades, en que no se eleve á la región de las nubes la aguda y esbelta pirámide de la gloria de Franklin como una espada de reto, sin que se ofenda Dios, al fuego del cielo.

Para concluir: Benjamin Franklin llegó á ser diputado y presidente de los Estados de Pensilvania, y después de haber contribuido eficazmente á la libertad de su patria y á la moralización y bienestar de sus conciudadanos con sus escritos, costumbres y desvelos, pasó triunfante á la vida de la inmortalidad en 1790.

CECILIO NAVARRO.

INCERTIDUMBRE

SONETO

Bajo al primor de las gallardas flores
Suele esconderse punzadora espina,
Y al lado de la fuente cristalina
Aspid falaz oculta sus furoros.
Sigue la ingratitud á los favores,
Al dulce amor el odio se avecina,
Y en el sendero en que el mortal camina
Séquito del placer son los dolores.
Yo encuentro el mal cuando en el bien confío:
Muere y renace la ilusión que adoro,
Y entre la dicha y el dolor porfío.
Y en esta incertidumbre que deploro,
Ni sé dónde comienza el bien que ansio,
Ni donde tiene fin el mal que lloro.

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

RETRATO

DEL

ILMO. SR. D. NARCISO J. DE PEÑALVER Y PEÑALVER,
CONDE DE PEÑALVER

Uno de los mejores retratos que, como obra de arte por la delicadeza y finura del buril, ha publicado nuestra clásica ACADEMIA, es sin disputa el que ofrecemos en la página 244 de este número, reproducido directamente de una fotografía por el habilísimo artista francés Mr. Tilly. El retrato es, pues, una imagen fotográfica, psicológica, por decirlo así, en expresión de su verdad, de nuestro distinguido amigo y docto escritor, el Ilmo. Sr. conde de Peñalver, autor de la *Suma filosófica del siglo XIX*, de que viene ocupándose hace tiempo la prensa de Madrid y Barcelona.

CONSTANTINOPLA. PALACIO DEL SULTAN

En la página 245 de este número ofrecemos la preciosa vista de esta residencia imperial, tomada directamente desde la Punta del Serrallo. Situado á orillas del Bósforo y formando, por decirlo así, el centro de atracción del más pintoresco y bello panorama, viene á ser entre los innumerables, varios y graciosos accesorios de rocas, valles, huertos, bosquetes, arroyuelos, quintas, caseríos, la mejor de las Mil y una noches contada á la luz del día. Está construido al estilo árabe y consta de multitud de edificios separados por jardines amenisimos en una extensión de 700 metros. Es todo de mármol de Mármara, y si su estilo no es el más puro del arte, es sin disputa el más bello y magnífico palacio de Oriente.

CONSTANTINOPLA. SANTA SOFÍA

Los principales edificios de la capital de Turquía, aquéllos, sobre todo, que imprimen carácter á su fisonomía son ciertamente las mezquitas. Su número asciende á unas trescientas, sino que muchas de ellas carecen de importancia para el arte y aun para el culto, y no pocas caen en ruinas. Hay, sin embargo, catorce llamadas imperiales, que tienen esa doble importancia, y entre ellas está y debe estar Santa Sofía, la catedral ó iglesia matriz del culto mahometano. Santa Sofía, como es sabido, ántes de venir á ser mezquita, fué una basílica cristiana dedicada, no á una santa, como parece indicarlo su nombre, sino á la Sabiduría divina (*Aia Sophia*) personificada por los griegos y, segun ellos, madre de las tres virtudes teologales. Se construyó bajo el imperio de Justiniano en 532, y á la toma de la capital en 1453 fué convertida en mezquita por Mahomet II. Á pesar de los ultrajes de la invasión y del tiempo y de las sucesivas transformaciones exigidas por el nuevo culto, ultrajes siempre al primitivo arte cristiano, Santa Sofía no ha dejado de ser nunca uno de los mejores monumentos religiosos del mundo. Nada es comparable á la majestad de sus cúpulas, á la magnificencia de sus tribunas, á la gallardía de sus columnas, á la riqueza y primor de sus adornos, á la imponente y grandiosa belleza del conjunto.

El espectáculo que ofrecen sus inmensas naves en ciertas festividades prescritas por el Corán es de lo más curioso. Es cosa de ver aquella abigarrada multitud de scheikes, ulemas, derviches, beyes, ricos, miserables, todos á cuatro piés, es decir á siete, porque siete es el número divino y siete son las partes del cuerpo con que, segun rito, ha de tocar al suelo al prosternarse el musulmán: las rodillas, las manos, las puntas de los piés y la frente.

CUENTO PAVOROSO

Es ciertamente una bella obra de arte la gran lámina que bajo el epigrafe preinserto ocupa las dos páginas centrales de este número. Por la gallardía del diseño, por lo adecuado de la composición, donde cada figura está en su término, así en escena como en perspectiva, y sobre todo por la fisonomía de la situación, por la verdad afectiva sorprendida por el arte en el momento de su expresión más elocuente; por todo eso y más que por obvio no indicamos, ha de llamar la atención de los aficionados un cuadro que valdría en verdad una reputación, si no la tuviera ya ganada con otros de igual empeño el meritisimo artista R. Xobeth. El protagonista de esta escena de familia cuenta con toda la vehemencia de su convicción un cuento pavoroso, no importa de qué; de bandidos, de muertos, de brujas, de diablos. Y ved con qué rasgos y toques de expresión se revela en el semblante y continente de los otros personajes el pavor, condensado como fiero vestigio en la sombra del trágico narrador. Y sin embargo, no es monótono el conjunto; hay variedad en esa misma unidad de sentimiento, íntimo en las mujeres, más en los niños, ménos en los hombres; ingenuo y gráfico en todos. Es una fisiología del pavor pintada.

ESTATUAS DEL MUSEO DE CASSEL

La notable galería de cuadros en Cassel, víctima en otros tiempos de la rapiña de los soldados de Napoleon, vuelve hoy de nuevo á ofrecerse á la admiración del público, abandonando los sombríos salones en que yacía sepultada, é instalándose definitivamente en el precioso edificio que para ella se ha levantado. Ocupa este museo uno de los sitios más escogidos de la ciudad, cercado por derecha é izquierda de grandes y suntuosas moradas, y realizada su fachada principal con la hermosa perspectiva de un parque riquísimo en vegetación. Domina en su construcción el estilo del Renacimiento, siendo formada ésta por grandes sillones de piedra roja de las canteras de Kattemburgo. Sobre la puerta central de uno de los pabellones se halla el retrato de Guillermo VIII, fundador de la galería, y á cada uno de los lados, dos grandes nichos en los que descansan admirables bustos de Rembrandt y Rubens.

Pasado el vestíbulo, se llega á la escalera principal del edificio, cuyo pavimento de mármol gris de Nassau prepara el ánimo, con su imponente aspecto, para desde luégo apreciar obras de arte. Á los lados de ésta es donde se levanta la soberbia balaustrada, honra del artista que la ha ideado, sobre la que desuellan ocho grandiosas estatuas de tamaño natural, cuatro de las cuales reproducimos hoy en nuestras páginas 152 y 153.

Ántes de seguir adelante consignaremos que este trabajo es debido al inspirado cincel de Echtermeyer, uno de los escultores más considerados de Dresde, notable ya en Alemania desde que en 1873 se hizo admirar por sus dos estatuas el *Fauno* y la *Bacante*, expuestas hoy en la galería nacional de Berlín. Como puede observarse, el artista se ha propuesto rendir una grata memoria, mediante cada una de sus figuras, á las naciones que más se han distinguido en la historia por amor á las bellas artes. En las que él designa con los nombres de Grecia y Roma, intenta poner de manifiesto la lucha siempre abierta del idealismo y realismo en lo que respecta á la concepción. La primera ofrece el tipo más acabado de esa belleza grave é imponente que tanto distingue á las obras del genio helénico; su larga clámide recogida en ondulantes pliegues, la corona de laurel que ciñe su cabeza, la carencia de pupilas en aquellos ojos que el artista, por lo mismo ha hecho más soñadores, todo en ella, hasta la postura en que está colocada, revela el carácter peculiar de las creaciones del pueblo griego. En la figura intitulada Roma, la expresión del rostro está, por decirlo así, más llena de verdad, pero carece de sentimiento; no hay en ella ese sello tan especial de la fantasía que hemos admirado en la estatua que acabamos de delinear, y su ejecución, por otra parte, que no es nada atrevida, acusa el realismo de que el escultor le ha dotado, ofreciendo mediante símbolos la idea misma que quiere representar; tal sucede en el grupo de la loba y los dos gemelos que ella sustenta en uno de sus brazos. En cuanto á las otras dos figuras, también son un modelo de buen gusto. Italia tiene en su mano derecha la vara pontifical, y con la izquierda, acaricia el busto del insigne autor del pasmo de Sicilia; España, de cuyo cuello pende un precioso collar, está asida á un óvalo de regulares dimensiones, donde se destaca la imagen de Murillo con las fechas de su nacimiento y de su muerte.

Echtermeyer ha querido, sin duda, evocar con estos dos grandes recuerdos. En la primera deja ver cómo el florecimiento de las bellas artes en Italia fué debido en gran parte á la protección del pontificado, y conmemora en la segunda, con el insigne pintor sevillano, la época más notable de nuestra vida artística.

BIBLIOGRAFÍA

LA MUJER, DEFENDIDA POR LA HISTORIA, LA CIENCIA Y LA MORAL. Aunque á contar desde el *Eclesiástico* se ha dicho tanto de la mujer que parecia ya agotado el asunto, no ha dejado de encontrar algo bueno que decir el ilustrado autor de este nuevo libro, el Sr. Rodríguez Solís, á quien deben estar agradecidos los aficionados á las bellas letras, no ménos que las interesadas. Es, en efecto, una obra que enseña y recrea á la vez cumpliendo el precepto del maestro: *Omne tulit punctum qui mescuit utile dulci*. Sólo así se explica la entusiasta aceptación que ha merecido del público con honra y provecho para autor y editores, los cuales preparan ya la cuarta edición de tan preciosa obra, agotadas en muy poco tiempo las tres primeras.

FLORES Y ESPINAS. Colección de poesías por D. José de Sélgas. Madrid, Agustín Jubera. Calle de la Bola, 3. Hé aquí unas flores que tendrán para el autor todas las espinas que él quiera; pero que para el público no tienen ni tener pueden, siendo de Sélgas, más que deliciosos aromas. Y sin pensar nos hemos ahorrado la tarea de hacer la crítica de este libro con sólo un rasgo que vale una historia de triunfos en la república literaria, pues basta decir que el libro es de Sélgas para que se dé ya por sabido que es bellissimo. Media ciertamente un abismo entre sus ideas y las nuestras; pero el poeta no es el político.

SUMA FILOSÓFICA DEL SIGLO XIX. Los lectores de LA ACADEMIA tienen ya noticia de esta importante obra, pues en otra ocasión, en el número del 30 Octubre, hubimos de ocuparnos de ella para hablar de los tomos publicados hasta aquella fecha; y no hicimos entonces sino dar una ligera idea de lo que requería más detenido estudio para tratarlo con la extensión necesaria. Hoy se ha aumentado la obra con el nuevo tomo que hemos anunciado y en el que sigue esa magnífica *Recopilación* de documentos históricos, religiosos, exegeticos, filosóficos, científicos y políticos que tocan directa ó indirectamente todas las más arduas cuestiones que perturban las inteligencias y dividen los ánimos en nuestra sociedad moderna! que cada vez se afana, con más energía, en buscar argumentos para dejar de ser cristiana con visos de razón!

A ese torrente devastador del Racionalismo, Positivismo, Espiritismo, Evolucionismo y Socialismo contemporáneos, que tantas ruinas arrastra en su curso, mucho más numerosas y deplorables que las causadas en Szegedin por las avenidas del Theiss; á ese torrente, que amenaza trocar en otro monton de ruinas cada centro de civilización, si Dios no nos depara pronto y reparadores diques, se ha opuesto el autor de la *Suma* durante diez años, él solo acopiando con una paciencia y constancia dignas de todo elogio y de que muy pocos ejemplos se han visto, elementos oportunos y sólidos, es á saber, cristianos, de resistencia! Empresa laudable, si, pero algún tanto temeraria. Con todo, si llega á completar su pensamiento, en los tomos restantes de su obra, como en los cuatro primeros, que equivalen casi á cincuenta volúmenes de lectura ordinaria, en los cuales se tratan magistralmente los puntos que abrazan, y cumpliendo cuanto anunció en su *Prospecto* del 1.º de Enero de 1877, circulado por nosotros con LA ACADEMIA, también el año pasado, mucho le deberá al apologista la causa de la Religión, que es la de la ciencia verdadera, de la civilización y de la paz!

Llamamos de nuevo la atención de nuestros lectores hacia dicho *Prospecto*, que sintetiza el plan de la referida *Suma* mejor que todo cuanto pudiéramos decir, tanto más, cuanto que la referida obra no es un libro dividido en varios tomos, sino una verdadera riquísima y sin igual biblioteca.

También nos permitimos hoy recomendar á nuestros favorecedores las cartas que á continuación publicamos, y que á ruego nuestro nos ha facilitado el Sr. Conde, de las que se desprende el elevado y excepcional juicio que la *Suma filosófica* ha merecido á dos notabilidades literarias y científicas, como lo son sus autores, el señor D. Vicente de la Fuente y Mr. Juan Estéban de Camille, conocido con el pseudónimo del «Ermitaño» y una de las glorias contemporáneas de Italia. Estamos seguros de que interesará en sumo grado la lectura de dichos documentos:

« Sr. Conde de Peñalver:

« Muy señor mío y de mi mayor respeto y distinguida consideración: Á mediados del mes anterior recibí, de su parte, los tres tomos voluminosos de *La Suma filosófica del siglo XIX*, ó sea *Defensa del Catolicismo contra sus modernos adversarios*, que se comenzaron á imprimir en los angustiosos momentos de 1869. . . .

« Confieso que me arredraba el título de *Suma filosófica del siglo XIX*, porque es tal el abuso que hoy día se comete con las palabras *Filosofía* y *Filosófico*, que en

leyéndolas, ú oyéndolas pronunciar, se viene luego á las mientes la advertencia de San Pablo, de que no nos dejemos engañar por la Filosofía y Sofistería: *PER PHILOSOPHIAM ET INANEM PALLACIAM!*... como se ha visto claudicar en época no muy remota, aún á católicos piadosos, en cuestiones metafísicas y ontológicas, arredra el entrar en esas cuestiones tan ocasionadas á graves errores, y en que los difíciles aciertos son, á veces, de muy escasa aplicación. Y no hablemos de lo que llaman *Filosofía* los racionalistas modernos y los periodistas liberales, los cuales llaman *obra filosófica* á todo libro que contiene diatribas contra el Catolicismo y algunas invectivas contra la Iglesia.

Afortunadamente la *Suma filosófica del siglo XIX*, que no gustará á éstos, debe ser muy grata á los católicos, y muy útil porque es un gran arsenal de documentos históricos, políticos, filosóficos y científicos, en que se recopila todo lo mejor y más notable que desde 1832 acá, y desde la Enciclica *Mirari vos* hasta la *Quanta cura* inclusive ha salido de la Santa Sede y de la pluma de los católicos más instruidos y notables por muchos conceptos. En realidad, esta colección, más bien que *Suma*, es una gran *Panoplia*.

El retroceso al Paganismo, por efecto de la impiedad, del indiferentismo y positivismo, nos ha traído las cuestiones añejas y olvidadas del espiritismo y la magia, y contra él tenemos los documentos del tomo I.

El libre examen, el protesantismo, el racionalismo, hijo de éste, y el moderno nihilismo, su horrible nieto, necesitan, por correctivo, la *Infallibilidad pontificia*, acerca de la cual contiene un gran repertorio de documentos y doctrinas el tomo II.

El liberalismo, enemigo oculto por algún tiempo, hoy desenmascarado y abiertamente hostil al Catolicismo, lleva consigo las cuestiones del porvenir, la síntesis de las persecuciones políticas modernas contra el Catolicismo y las controversias apocalípticas acerca del Anticristo!

Felicito á V., pues, por ese trabajo, y por su publicación, dándole á la par reiteradas gracias por su obsequio y ofreciéndome, con este motivo, su afectísimo Q. B. S. M., VICENTE DE LA FUENTE.

Sr. Conde de Peñalver:

Señor Conde: Acabo de recibir su magnífico don: la *Suma filosófica del siglo XIX*, y no sé cómo dar á usted las gracias por su bondad para conmigo. He recorrido su *Índice*, y mi primera impresión acerca de esa importante publicación, es que son los verdaderos Archivos del Catolicismo!... Todo lo que puede salvarnos se encuentra allí. Pues allí se hace la luz sobre la Aparición de la Saleta, sobre la definición de los dos grandes dogmas de la *Inmaculada Concepción*, sobre la crisis que atravesamos, sobre la proximidad del fin del mundo y sobre la venida del último Anticristo. Nada falta allí de lo que liga al hombre á Dios!... Perfecta es, por lo tanto, su obra, y puede V., con mucha razón, exclamar: *Dirigeme in veritate tua, et doce me: quia tu es Deus Salvator meus, et te sustinui tota die.* (Ps. XXIV, v. 5.)

Debe V. contar con que nadie le escuche, ni áun aquellos que debieran ser los primeros en darle la mano... Tal es el primer martirio que ahora reserva Dios á sus fieles, sin perjuicio del bautismo de sangre, que bien pudiera llegarles después! Pero ¿qué importa? *Confitebor Domino secundum justitiam ejus: et psallam nomen Domini altissimi.* (Ps. VII, v. 18.) Lleve V., pues, su obra adelante con valor. Que Dios se suscita testigos para que rindan homenaje á las manifestaciones del mundo sobrenatural, que permite para nuestro bien; y no es el deber del testigo triunfar, sino que debe trabajar en que la verdad triunfe.

Llegará el día en que las tinieblas que cubren hoy al mundo entero se disiparán, y entonces es cuando la *Suma filosófica del siglo XIX* brillará con toda su luz, y en ella se hallará la explicación de las justicias y de las misericordias divinas. Así que, recoger los documentos justificativos de los castigos de Dios, equivale á templar la lira que acompañará en su día el himno de reconocimiento del linaje humano hacia su Criador.

Queda de V., obsecuentísimo y cariñosísimo hermano en J.-C., JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

Florescia, á 22 de Diciembre 1875.

Sr. Conde de Peñalver:

Mi querido hermano en Jesucristo: Tengo á la vista la *Suma filosófica del siglo XIX*: hojeo, registro, estudio esa colección, en que ha reunido V. cuanto se refiere á las manifestaciones que Dios se ha complacido en hacernos en este siglo, en que ha recogido V. las pruebas de su poder y de su misericordia. El orden sobrenatural, tal cual á los hombres de buena voluntad se revela, está allí entero y verdadero, excepto un hecho que se relaciona con V. mismo. ¿De dónde ha sacado V., señor mío, el valor, la fuerza, la paciencia que había menester para enriquecer al género humano con tal tesoro? Ciertamente que no puede ser sino de Dios; pues los hom-

bres de nuestro tiempo — y áun ¡ay de mí! los católicos — apenas contribuyen al estudio de las cosas divinas. Si; los mismos católicos — ¡y tal es el origen de todas nuestras desgracias! — están más inclinados á poner toda su esperanza en los recursos humanos, en los expedientes y artificios que toman de los adversarios de su fe, que no á entregarse en brazos de Dios, imponiéndose por ley el seguir escrupulosamente los preceptos divinos, el obedecer á las inspiraciones que les vienen de lo alto, y penetrar el profundo sentido de los misterios de la gracia.

Por lo tanto, parece que hay que añadir algo á esa *inagotable mina de hechos sobrenaturales* que V. nos ofrece en la *Suma filosófica*, y ese algo es el hecho extraordinario y que no podía cumplirse sin una especial bendición de Dios, de que un hombre solo, abandonado á sus propias fuerzas, haya imaginado esa Colección y podido llevarla al cabo.

Conforme voy estudiando la *Suma* siento disiparse en mi ánimo la desconfianza que abrigaba acerca de la fecha del nacimiento del Anticristo. Cuya desconfianza se la manifesté á V. francamente en mi anterior, cual convenia á un cristiano. Mas hoy estoy pronto á cambiar de opinión, y se lo manifiesto á V., señor mío, con igual franqueza.

Lo que V. nos dice, tocante á la persona de Tarso, es por dos conceptos digno de seria atención: primero, por la autoridad de la persona que nos lo afirma, y, en verdad, que no tengo yo motivo alguno para rechazar el testimonio de V.; después porque ninguno de los múltiples pormenores que nos da V. sobre la época de su venida al mundo está en contradicción con lo que las Sagradas Letras nos inculcan acerca del Hijo de la perdición.

Suyo afmo., JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

Florescia, 26 de Enero 1876.

Sr. Conde de Peñalver:

Mi querido hermano en Jesucristo: He recibido su carta tan fraternal, y contesto á V., sin dilatarlo demasiado, con el propósito de desvanecer la duda que indica sobre la utilidad de su empresa. — Dice V.: «no debiera yo seguir el ejemplo que V. me da y callarme repitiéndome el texto: *URI NON EST AUDITUS, NON EFFUNDAS SERMONEM?*»

Mucha, y mucha cuenta, querido amigo mío, con dar entrada en su espíritu á esa sugestión del diablo. Prosigua V. su obra, ya que Dios le facilita los medios de continuarla, y no incurra en el baldón de haber faltado á la misión que ha recibido V. del cielo.

Ese lenguaje es bastante preciso para tranquilizar mi conciencia; mas, salvo el caso de recibir por su parte una orden de callar, tan terminante como esa: *debe usted al Criador la conclusión del magnífico monumento de gloria que le ha llamado á elevarle en un siglo increíble!* Es verdad que Dios no tiene ninguna necesidad del hombre; pero el hombre á quien Dios escoge para cumplir una alta misión tiene mucha y mucha necesidad de desempeñarla hasta su último extremo, á fin de no desmerecer las recompensas especiales que el Señor otorga á sus elegidos.

No tengo yo tipo para insistir en mis palabras, mayormente cuando me dirijo á una persona como V., en quien reconozco una grande superioridad sobre mí. Pero quiero agregar que considero su *Suma filosófica* como única en su clase, y que será muy hojeada cuando llegue la hora por los verdaderos creyentes; para acabar que, por lo que respecta á mí, debo procurar hasta donde pueda que no se deslicen entre sus páginas; ni aún en puntos secundarios, previsiones que, no realizándose, suscitarían contra la obra gérmenes de desconfianza.

Querido amigo: hé ahí cómo pienso: *admiro demasiado su obra, y le quiero demasiado á V. para ocultárselo.*

Bien sé que mis observaciones no alcanzan sino á un punto muy secundario de los que abraza su libro, pues áun cuando se viese que el Papa LUMEN IN CAELO aparecía en la tierra, sin que acompañase á su pontificado un triunfo temporal de la Iglesia, ese hecho, tan diminuto, en nada rebajaría, para con el lector inteligente, el mérito del magnífico Resumen de verdades, en cuya formación trabaja V. — Ruego á Dios que le sostenga hasta el fin, y que le recompense en esta vida y en la otra por la energía y el valor que pone V. de manifiesto en el cumplimiento de su misión.

Suyo afectísimo, J. E. DE CAMILLE.

P. D. Una vez más, gracias por sus volúmenes. Dedicome á cotejar las citas que me señala V.; pero, en realidad de verdad, ese auxilio no me hace falta para persuadirme que en esos volúmenes se halla la visión más clara del porvenir reservado al mundo, desde hoy hasta su último día!!! — J. E. DE CAMILLE.



LA NIÑA JARDINERA — COPIA DEL CUADRO DEL PINTOR URRUTIA, HECHA POR EL MISMO. CRABALO DE CABA

Dichosa edad aquella
que en tiernos años
no teme á las espinas
ni á los engaños.
¡Edad dichosa!
una niña entre flores
es mariposa.